LA CIUDAD SIN TEMPLO

El Cordero y el Quinto Sol

Apócrifo sagrado-literario

Julio David Rojas Aguayo



© 2026 Julio David Rojas Aguayo

Primera edición, octubre de 2026

Todos los derechos reservados.

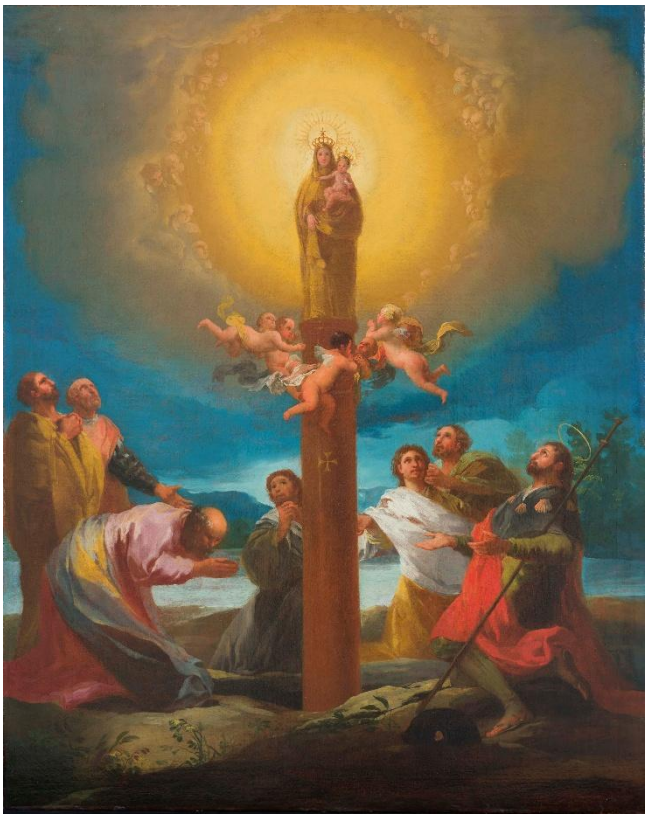
La Ciudad sin Templo: El Cordero y el Quinto Sol es una obra sagrado-literaria. Las voces proféticas, correspondencias tipológicas y atribuciones simbólicas que aparecen en ella forman parte de su arquitectura poética. La obra no se presenta como texto revelado, documento histórico antiguo ni parte del canon de las Escrituras.

TOLLITE PORTAS.

QUIS UT DEUS?

MARANATHA.

TETELESTAI



A mis padres,
por la vida, la paciencia y todo lo que sostuvieron en silencio.

A Chris,
por la amistad y el camino compartido.

«Y extranjeros edificarán tus muros, y sus reyes te servirán; porque en mi ira te castigué, mas en mi buena voluntad tendré de ti misericordia».

ISAÍAS 60:10

«Los montes destilarán mosto, y los collados fluirán leche… y saldrá una fuente de la casa de Jehová».

JOEL 3:18

«Saldrán de Jerusalén aguas vivas… en verano y en invierno».

ZACARÍAS 14:8

«Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios».

APOCALIPSIS 21:10

NOTA DEL AUTOR

La Ciudad sin Templo es una obra sagrado-literaria. Adopta formas bíblicas —éxodo, profecía, evangelio, epístola, salmo, visión y plegaria— para pensar la historia de México, la herida de la Conquista, el mestizaje y la esperanza cristiana de la ciudad que desciende.

El término apócrifo se utiliza aquí en su sentido literario: un libro escrito al margen del canon y bajo la resonancia de las antiguas escrituras sapienciales. Esta obra no se presenta como texto revelado, documento histórico antiguo ni sustituto de las Escrituras.

Desde una perspectiva genológica, la obra puede leerse principalmente como literatura reconstructivista: reelabora de manera consciente materiales bíblicos, mesoamericanos, históricos y litúrgicos, e incorpora una dimensión programática, exhortativa y escatológica. La autoría y composición de la obra pertenecen a Julio David Rojas; las correspondencias tipológicas y las interpretaciones históricas y teológicas asumidas en ella son responsabilidad del autor.

Las correspondencias entre la tradición bíblica y las tradiciones mesoamericanas son interpretaciones tipológicas y poéticas. No afirman identidad entre Cristo y las divinidades prehispánicas, ni borran las diferencias históricas, religiosas y doctrinales que las separan. La tipología empleada busca reconocer estructuras, preguntas y figuras que encuentran en Cristo su medida y su discernimiento.

Las citas bíblicas siguen principalmente la tradición de la Reina-Valera, con ajustes de puntuación y modernizaciones menores. Los pasajes colocados entre comillas reproducen una fuente identificada. Las recreaciones, armonizaciones y paráfrasis literarias aparecen sin comillas o se señalan expresamente como tales.

Los acontecimientos históricos, las tradiciones religiosas y las cifras contemporáneas han sido incorporados dentro de una composición literaria. La obra distingue, siempre que resulta necesario, entre dato documentado, tradición recibida, interpretación teológica y licencia poética.

Los errores de interpretación, memoria o juicio pertenecen al autor. La verdad que estas páginas alcancen a custodiar pertenece a aquello que las excede.

ÍNDICE GENERAL

NOTA DEL AUTOR

TABLERO DE DIRECCIÓN

Lectura I — El camino del Logos
Lectura II — El camino de la Serpiente Emplumada

LIBRO I: ÉXODOS

EXODOS — La peregrinación azteca como tipo del Éxodo israelita

1. Tollite portas
2. En el principio era el Quinto Sol
3. La voz en Aztlán
4. El desierto
5. La prueba del fuego
6. La señal
7. El lago
8. El Templo Mayor
9. Los sacerdotes
10. Los corazones
11. El sol alimentado
12. Quetzalcóatl
13. Nanahuatzin

LIBRO II: PROFETAS

PROPHĒTĒS — La Conquista como ruptura profética y tipo del exilio babilónico

14. Los ocho presagios
15. El extranjero del oriente
16. La caída del centro
17. El llanto
18. Los Doce
19. La inversión
20. La Cruz en el centro
21. Xochicuicatl
22. El bautismo
23. El mestizaje
24. La herida
25. El exilio interior
26. Memoria de huesos

LIBRO III: EVANGELIO

CHRISTOS + PNEUMA — Guadalupe como Anunciación americana

27. En aquel tiempo
28. El Tepeyac
29. La mujer del Apocalipsis
30. Juan Diego
31. La tilma
32. Las flores en diciembre
33. El rostro mestizo
34. La casa
35. La devoción popular
36. La madre que no sacrifica
37. El Nican Mopohua
38. Las naciones que vienen
39. La anunciación pendiente

LIBRO IV: EPÍSTOLAS

DIATHĒKĒ + BASILEIA — Cartas a la Hispanidad, a la Iberofonía y al porvenir común

40. A los de México
41. A los del norte
42. A los de España
43. A los indígenas
44. A los negros de América
45. A los mestizos
46. A la Hispanidad y a la Iberofonía de los pueblos
47. Al corazón de la ciudad
48. A quienes construirán el Arca
49. A los franciscanos de hoy
50. A los muertos
51. A los desaparecidos
52. A los que odian a México
53. A los que aman a México con orgullo falso
54. A los que vendrán después

LIBRO V: SALMOS

SOPHIA — Cantos desde el umbral

55. Salmo de Aztlán
56. Salmo del Templo Mayor
57. Salmo de la Conquista
58. Salmo del mestizo

59. Salmo del agua perdida
60. Salmo de Guadalupe
61. Salmo de los desaparecidos
62. Salmo de la ciudad nueva
63. Salmo del siervo
64. Salmo de la sed

LIBRO VI: VISIONES

ESCHATON — El Apocalipsis del Valle de México

65. La montaña alta
66. La ciudad que desciende
67. Las puertas de Tenochtitlan nueva
68. Los nombres en las puertas
69. El río que sale del Zócalo
70. El árbol de vida sobre el nopal
71. El libro de los vivos
72. La noche que no llega

LIBRO VII: CONSUMACIÓN

ESCHATON — Tetelestai: el principio del fin

73. Lo que aún no ha bajado
74. El primer habitante
75. Maranatha

Epílogo: El silencio

CODA LITÚRGICA

Libro de oraciones de la Ciudad sin Templo

Después de la visión, la plegaria

I. Cántico de la Sabiduría del Logos

II. Cántico de la Misericordia del Cordero

1. La puerta del corazón
2. El Cordero que conmueve
3. La Madre y el Hijo
4. La grieta de la gracia
5. Ven, Espíritu Santo
6. La misericordia final
7. Sello de ternura

III. ORACIÓN POR QUIENES ESTÁN MÁS LEJOS

IV. Responsorio de la Ciudad sin Templo

FUENTES BÍBLICAS, HISTÓRICAS Y LITERARIAS

TABLERO DE DIRECCIÓN

Lectura I — El camino del Logos (lineal)

Leer en orden: capítulos 1 → 75.

Esta lectura sigue la arquitectura bíblica:

Creación → Éxodo → Profetas → Evangelio → Epístolas → Salmos → Visiones → Consumación.

Lectura II — El camino de la Serpiente Emplumada (saltos tipológicos)

1 → 13 → 2 → 26 → 14 → 27 → 3 → 37 → 7 → 45 → 19 → 30 → 57 → 64 → 39 → 66 → 12 → 55 → 20 → 33 → 59 → 69 → 50 → 74 → 10 → 38 → 67 → 25 → 36 → 51 → 72 → 4 → 56 → 15 → 28 → 43 → 63 → 70 → 8 → 35 → 21 → 71 → 5 → 60 → 16 → 31 → 44 → 68 → 9 → 47 → 22 → 34 → 52 → 62 → 6 → 58 → 17 → 42 → 46 → 48 → 49 → 61 → 11 → 32 → 65 → 54 → 18 → 29 → 40 → 53 → 23 → 41 → 24 → 73 → 75.

Esta segunda lectura no propone una clave secreta ni una cronología alternativa. Cada salto cumple una de cuatro operaciones: correspondencia, contraste, inversión o cumplimiento. El lector puede regresar al orden lineal cuando una relación necesite recuperar su contexto histórico.

LIBRO I: ÉXODOS

EXODOS — La peregrinación azteca como tipo del Éxodo israelita

1. Tollite portas

PRIMERA VOZ, desde el poniente, desde la puerta del agua:

Chapultepec.

En el cerro del chapulín, el agua aprendió a bajar hacia la ciudad.

Los mexicas abrieron sus manantiales. Los virreyes levantaron arcos para conducirlos. El siglo veinte encerró la corriente bajo el pavimento. Cambiaron las piedras, los dueños y los nombres; permaneció intacto el empuje del agua contra aquello que pretende detenerla.

Toda corriente hace la misma pregunta:

¿Me dejarás pasar?

Tollite.

La palabra llega antes que la respuesta.

La puerta del agua se abre cuando alguien se inclina, junta las manos y bebe sin convertir la fuente en propiedad. El agua reconoce las manos abiertas. Pasa por ellas, las refresca y continúa.

Lo que se retiene se corrompe.

Lo que circula permanece vivo.

SEGUNDA VOZ, desde el oriente, desde la puerta del fuego:

Popocatépetl, el que humea:

Tú has visto arder corazones sobre la piedra. Desde tu altura contemplaste las hogueras rituales, las casas incendiadas, los templos consumidos y las ciudades que, aun cubiertas de ceniza, volvieron a levantar sus muros.

Tu cráter guarda más memoria que nuestros archivos.

También conoces el fuego que ilumina.

La zarza ardió y conservó sus ramas.

Las lenguas descendieron sobre quienes aguardaban reunidos y cada hombre escuchó su propia lengua dentro de una llama común.

Hay un fuego que consume para dejar ceniza.

Hay otro que atraviesa la materia y le revela una forma nueva.

Tollite.

La puerta del oriente lleva siglos respirando entre humo y amaneceres. Cuando se abra por completo, el fuego dejará de subir desde los altares.

Descenderá como luz.

TERCERA VOZ, desde el norte, desde la puerta del desierto:

La frontera comienza donde las líneas del mapa pierden autoridad.

El desierto de Sonora se prolonga en el de Arizona. A un lado lo nombran en español; al otro, en inglés. La arena desconoce ambas lenguas. El viento cruza los puestos de vigilancia sin mostrar documentos. Las raíces del mezquite beben de una tierra anterior a los tratados.

Polvo.

Sed.

Cielo.

Tres palabras bastan para nombrar aquello que los dos países comparten y ninguno posee.

Tollite.

La puerta del norte fue cercada con metal, papel y miedo. Frente a ella esperan quienes cargan una botella casi vacía, una fotografía envuelta en plástico y el nombre de alguien que prometió recibirlos al otro lado.

El Rey de la gloria conoce esa fila.

También él fue extranjero.

También él huyó de noche en brazos de su madre.

Cuando llega a una frontera, lleva cuanto posee sobre el cuerpo.

Y quienes han perdido casi todo son los primeros en reconocerlo.

CUARTA VOZ, desde el sur, desde la puerta de la memoria:

La selva es una lengua anterior a la escritura.

Habla en el agua que cae vertical y borra durante un instante la distancia entre el cielo y la tierra. Habla en el árbol que anuncia la lluvia antes que las nubes. Habla en el jaguar que atraviesa la espesura con la lentitud de quien jamás ha necesitado demostrar que gobierna.

Bajo sus raíces duermen ciudades.

La piedra permanece allí, cubierta de musgo, mientras encima de ella crecen otros siglos. Los nombres olvidados continúan respirando bajo la tierra. Aguardan una boca capaz de pronunciarlos sin convertirlos en trofeo.

Tollite.

La puerta del sur se levanta en el lugar donde el olvido comienza a ceder.

Nombrar devuelve contorno.

Devolver el nombre devuelve presencia.

La ciudad que viene empieza cuando alguien escucha una voz sepultada y responde:

Todavía estás aquí.

*

Portas.

La palabra contiene el ruido de sus goznes.

Algo pesado comienza a moverse después de siglos de inmovilidad. La piedra roza la piedra. El polvo cae desde el dintel. Una línea de luz aparece en el suelo.

Las puertas de México son umbrales materiales.

Por ellas entraron ejércitos y peregrinos, epidemias y remedios, frailes y comerciantes, libros, cadenas, semillas, santos y asesinos. Por ellas salieron plata, cuerpos, cartas, exiliados, hijos y promesas de regreso.

Cada puerta conserva algo de quienes la atravesaron.

La madera recuerda las manos.

La piedra recuerda los pasos.

El camino recuerda a quienes nunca alcanzaron el otro extremo.

Alzad, puertas, vuestras cabezas.

Han sostenido demasiado peso.

Sobre sus arcos descansan conquistas, expulsiones, juramentos, despedidas y nombres pronunciados por última vez. Si pudieran inclinarse, tocarían el suelo bajo la carga de cuanto vieron pasar.

Elevaos, puertas eternas.

Su eternidad reside en aquello que continúa actuando después de cruzarlas. Quien atraviesa la puerta del agua lleva humedad en las manos. Quien cruza el desierto conserva polvo entre las costuras. Quien entra por la memoria sale acompañado por voces que creía muertas.

Entonces llegará el Rey de la gloria.

Llamará.

La puerta escuchará el golpe.

Del otro lado habrá silencio.

El Rey permanecerá allí, con la paciencia de quien conoce el tiempo de la piedra y sabe que toda cerradura guarda, incluso contra sí misma, la posibilidad de abrirse.

¿Quién es el Rey de la gloria?

El Señor fuerte en la batalla.

Su combate ocurre en el espacio mínimo que separa al corazón cerrado de la presencia que espera afuera. Allí chocan el miedo y la confianza, la posesión y la entrega, el cerrojo y la mano que todavía descansa sobre él.

Esa guerra carece de espectadores.

Cada hombre la libra a solas.

Cuando aquel Rey entró en Jerusalén eligió un animal joven que nadie había montado. Mandó desatarlo. Si alguien preguntaba por qué se lo llevaban, los discípulos debían responder:

«El Señor lo necesita».

El vencedor llegó sobre un pollino prestado.

El animal ignoraba la profecía que llevaba sobre el lomo. Caminó entre mantos y ramas, sostuvo el peso del Rey y desapareció después de cumplir su parte. Ningún cronista conservó su nombre.

La gloria entró en la ciudad sobre aquello que el poder habría considerado indigno de su triunfo.

Así atraviesa Dios las puertas:

sobre lo pequeño,

sobre lo prestado,

sobre lo que sirve sin reclamar memoria.

Attollite, portae, capita vestra.

Alzad, puertas, vuestras cabezas.

La orden alcanza las cuatro regiones, las ciudades hundidas, las fronteras cerradas y los templos levantados sobre templos.

También la piedra recibe el mandato.

Los evangelios dicen que, cuando las voces callan, las piedras comienzan a clamar.

Debajo del asfalto del Centro Histórico, Tenochtitlan lleva cinco siglos pronunciando una palabra que la ciudad de arriba todavía no termina de escuchar. Las piedras del Templo Mayor emergen entre los edificios como dientes de una boca enterrada.

No piden volver al pasado.

Piden ser oídas.

Cuatro voces se levantan en los cuatro extremos de la tierra.

El agua pregunta.

El fuego alumbra.

El desierto despoja.

La selva recuerda.

En el centro, una puerta permanece cerrada.

Alguien ha comenzado a golpear.

2. En el principio era el Quinto Sol

En el principio era el sacrificio.

El sacrificio aparece aquí como estructura: la idea de que el cosmos es frágil, de que la existencia no es gratuita y de que alguien tiene que pagar para que el sol siga moviéndose. Los dioses lo sabían. Se reunieron en Teotihuacan —la ciudad de los dioses, la ciudad donde los hombres se convierten en dioses— y acordaron que el nuevo sol necesitaba sangre para nacer.

Dos dioses se ofrecieron.

Tecuciztécatl era hermoso. Tenía plumas finas de quetzal y ofrenda de coral rojo y espinas de oro con las que sangrarse. Sus penitencias eran lujosas. Llevaba siglos siendo admirado.

Nanahuatzin era feo. Estaba cubierto de llagas y costras. Sus ofrendas eran lo que tenía: cañas sin decorar, heno, espinas comunes, su propia sangre seca. No tenía plumas. Llevaba siglos siendo ignorado.

Los dioses hicieron la hoguera. Cuatro días ardió. Tecuciztécatl debía arrojarse primero. Corrió hacia el fuego. Retrocedió. Corrió. Retrocedió. Cuatro veces. El fuego lo quemaba de lejos.

Entonces Nanahuatzin cerró los ojos y corrió sin retroceder.

Se arrojó al fuego de una sola vez.

Y de aquella hoguera nació el sol.

Aquí no termina la historia. El Evangelio de Juan comienza con una frase que desborda el relato: En el principio era el Logos, y el Logos estaba con Dios, y el Logos era Dios. No hay coma entre el principio y Dios. No hay separación entre lo que existía antes y lo que existe ahora. El Logos no comenzó a existir: estaba.

El sol nahua, en cambio, nace dentro del relato sacrificial de Teotihuacan.

Las dos tradiciones se rozan en una misma estructura: la entrega aparece junto al nacimiento de la luz. Pero no dicen lo mismo. El sol nahua nace necesitado; el Logos existe desde el principio y alumbra por su propia naturaleza. Pero aquí está la diferencia que importa y que nadie debería olvidar:

El sol azteca nació del sacrificio de Nanahuatzin pero siguió exigiendo sacrificio. El cosmos se sostenía sólo si cada cincuenta y dos años, cada día, cada amanecer, se le entregaba lo que pedía. La entrega de Nanahuatzin no alcanzó. Había que repetirla. El sol comía y seguía teniendo hambre.

El Logos vino al mundo, y el mundo fue hecho por él, y el mundo no le conoció. Vino a su casa y los suyos no le recibieron. Y sin embargo la luz sigue brillando en las tinieblas. No porque se le alimente. Porque es su naturaleza.

En Teotihuacan hay dos pirámides. Una al sol. Una a la luna. El humilde nació sol; el poderoso que dudó nació luna.

El pequeño ilumina; el grande sólo refleja.

El Valle de México todavía está bajo esas dos pirámides. Como realidad que dura más que cualquier metáfora.

3. La voz en Aztlán

La voz no vino del cielo. Vino de adentro del ruido del mundo, que es donde las voces importantes siempre vienen.

Sal de Aztlán.

Eso era todo. No había explicación. No había mapa. No había promesa de que el camino iba a ser corto o de que al final habría algo mejor que lo que se dejaba. Había sólo el nombre del lugar que debían abandonar —Aztlán, lugar de la garza blanca, lugar de la abundancia— y el verbo en imperativo: sal.

Así también le dijo a Abram: Sal de tu tierra, de tu parentela, de la casa de tu padre. Y Abram salió sin saber adónde iba. La fe comienza en ese primer paso: abandonar la tierra conocida mientras el destino permanece oculto.

Los mexicas salieron.

Dejaron el lago que conocían. Dejaron los árboles cuyo nombre sabían. Dejaron a sus muertos enterrados en tierra que ya no sería la suya. La tierra de los muertos no pertenece a los vivos: pertenece a los muertos. Pero los vivos son los que tienen que irse.

Alguien volvió la cabeza para ver Aztlán por última vez.

No se sabe quién fue. La historia no guarda ese nombre. Guarda el nombre del dios que mandó salir y el nombre del lugar adonde se llegó, pero el nombre de quien volvió la cabeza queda en el espacio entre el antes y el después, que es el espacio donde vive todo lo que la historia no puede contener.

Caminaron.

La tierra iba cambiando debajo de sus pies. El pasto conocido se volvió otro pasto. Los pájaros conocidos se volvieron pájaros que no tenían nombre todavía. Nombraron a los pájaros. Nombraron los cerros. Nombraron los ríos. Cuando nombras algo que no tenía nombre, te vuelves un poco responsable de ello. El nombre es una deuda.

Así caminaron ciento sesenta años, según unos. Más, según otros. El tiempo en el desierto se mide diferente: no en años sino en hambre, en sed, en muertos que hay que enterrar sin detenerse demasiado porque el que se detiene demasiado junto a sus muertos no llega.

Delante de ellos iba Huitzilopochtli. No en persona sino en señal. Así como la columna de nube iba delante de Israel: visible, imprecisa, imposible de atrapar, suficiente para seguirla.

El que guía en el desierto no da explicaciones. Da dirección.

Eso a veces es suficiente. A veces no. Depende del día.

4. El desierto

El desierto tiene un solo oficio: despojar. Allí se desprende aquello que, en lugares más fértiles, podía confundirse con identidad, fuerza o destino. Lo que sobrevive a esa intemperie adquiere una forma que ninguna abundancia habría podido darle.

Ciento sesenta años en movimiento. Más o menos. Los que murieron en el camino alcanzaron a ver la salida pero no la llegada. Los que llegaron eran hijos o nietos o bisnietos de los que salieron. Nadie que inició el viaje lo terminó. Eso es el desierto: el lugar donde lo que empezaste otro lo termina.

Los israelitas también. Cuarenta años en el Sinaí. Moisés, que sacó a su pueblo de Egipto, murió mirando desde el monte Nebo la tierra que nunca pisaría. Dios se la

mostró desde la altura: allí estaba la promesa, extendida delante de sus ojos y fuera del alcance de sus pies.

Murió en Moab.

Nadie sabe dónde está su tumba.

El que guía no siempre llega.

En el desierto también hubo nostalgia. Los mexicas recordaron Aztlán y lo hicieron, en la memoria, más fértil de lo que quizá había sido. Israel hizo lo mismo con Egipto. Recordó sus peces, sus frutos, sus cebollas, el sabor de una mesa conocida, y durante un instante olvidó las cadenas que rodeaban aquella mesa.

La memoria tiene esa misericordia peligrosa: conserva el sabor y borra el hierro.

Porque el cautiverio, al menos, tenía un rostro conocido, y lo conocido puede llegar a parecer más habitable que una libertad cuya forma todavía no se conoce. Hubo traiciones internas. Hubo dioses auxiliares que se abandonaron en el camino porque pesaban demasiado o porque ya no parecían funcionar. Hubo grupos que se separaron y grupos que regresaron y grupos que simplemente desaparecieron en esa espesura que tiene la historia cuando nadie la registra.

Pero el desierto también forma.

Un pueblo que ha peregrinado sabe lo que carga. Sabe qué puede soltar y qué no puede soltar. Sabe cuánto pesa un muerto cuando hay que dejarlo e irse. Sabe cuánto pesa una promesa cuando es lo único que queda.

Los mexicas llegaron al Valle de México con el conocimiento del pie: el que se aprende caminando durante generaciones sobre una tierra ajena, hasta comprender que cada suelo guarda la historia de alguien y que toda llegada pisa una memoria anterior.

Llegaron sabiendo lo que valía llegar. Eso es lo que el desierto enseña a los que lo cruzan y no lo hace con palabras.

5. La prueba del fuego

Hubo fuego antes del fuego.

El Fuego Nuevo. Cada cincuenta y dos años, cuando el ciclo calendárico azteca se cerraba y la cuenta volvía al principio, la amenaza era real: si nadie encendía el nuevo fuego, el cosmos se acababa. La oscuridad no cedería. Las estrellas se comerían a los hombres. El sol no volvería a salir.

En la noche del fin del ciclo, todos los fuegos se apagaban. En todos los hogares, en todos los templos. Oscuridad total sobre el Valle de México. La gente esperaba en los techos. Los sacerdotes subían al cerro Huixachtlan. Y allí, sobre el pecho de un cautivo sacrificado, frotaban dos palos hasta que brotaba la chispa.

Si la chispa brotaba: el cosmos continuaba.

El alivio que eso producía no era diferente del que produce saber que el diagnóstico no es lo que temías. El cuerpo se afloja. El pecho puede volver a abrirse. El sol va a salir.

En Sinaí, la palabra fue pronunciada una vez. Su fuerza no dependía de una confirmación cada cincuenta y dos años, cada ciclo o cada amanecer. La palabra permanecía porque quien la pronunció permanecía.

Esa es la diferencia.

El cosmos azteca respiraba bajo la amenaza de interrumpirse. El cosmos bíblico descansaba en la fidelidad de quien lo había llamado a existir. La amenaza seguía siendo real, pero la respuesta ya no dependía del temor de los hombres ni de la repetición del fuego.

Pero la pregunta que el Fuego Nuevo hacía era real: ¿puede el cosmos acabarse? ¿Es la existencia un regalo que puede retirarse?

La pregunta permanece abierta.

6. La señal

La señal tenía la forma de lo que devora.

Así lo había dicho la voz: buscarán un lago donde un águila esté parada sobre un nopal devorando una serpiente. Allí pararán. Allí construirán.

La señal estaba hecha de combate: un águila cerrando las garras sobre una serpiente, un nopal creciendo entre las rocas, el agua rodeándolo todo. La ciudad

comenzó bajo una imagen donde la vida, la herida y la victoria todavía no habían aprendido a separarse.

También la columna de fuego que guiaba a Israel en el desierto podía aterrar. El fuego de Sinaí quemaba lo que tocaba. La presencia divina no es cómoda: es poderosa, y lo poderoso en su escala natural resulta incompatible con la escala de lo humano.

Pero la señal guardaba un sentido que sólo aparecería al final.

El águila vencía. La serpiente caía. La ciudad comenzaba bajo una imagen de combate.

Cuando esa señal fuera leída a la luz del Apocalipsis, la serpiente recibiría otro nombre: la serpiente antigua, el acusador, el padre de la mentira, la fuerza que enrosca la vida alrededor del miedo, la deuda y el sacrificio.

Por eso el águila devorará a la serpiente.

Pero su victoria no bastará. Si vence conservando en el pico la lógica de aquello que destruye, la serpiente habrá entrado en el vencedor. También el águila tendrá que comparecer ante el Cordero. Su fuerza deberá convertirse en custodia; su altura, en vigilancia; sus garras, en defensa del débil.

La serpiente será vencida.

El águila será transformada.

Y debajo de ambas permanecerá el nopal: la vida nacida de un corazón arrancado que, aun herido, echó raíces.

La señal contiene una profecía y un juicio. El mal no será reconciliado con la Ciudad. Será destruido. Pero nadie entrará en ella adoptando su forma.

7. El lago

El lago sabía que iba a ser destruido.

No con el conocimiento de los hombres que elaboran planes y prevén consecuencias: con el conocimiento del agua, que no piensa pero recuerda. El lago Texcoco recordaba otros lagos que habían existido antes que él, en el tiempo en

que el Valle de México era una cuenca cerrada que llovía sobre sí misma. Recordaba el agua oscura de antes de los hombres y el agua turbia de después.

Cuando los mexicas llegaron a su orilla, el lago los reconoció. No a ellos en particular: reconoció la forma de los que llegan para quedarse. Ya había visto esa forma antes.

Se instalaron en los islotes. Construyeron las chinampas: pedazos de tierra flotante hechos con ramas y lodo y raíces que con el tiempo se hundían y se convertían en tierra firme. La ciudad creció hacia afuera desde el centro. Cada generación añadía un poco más de tierra sobre el agua. La ciudad era un argumento contra el agua: aquí, decía, también se puede estar.

Y debajo del lago, Tláloc. El dios de la lluvia, el dios que da y el dios que ahoga, el dios de los ojos saltones y los colmillos y la máscara de jade, el dios que exige niños para que llueva. Tláloc vivía en el fondo y mandaba hacia arriba.

Y sobre el lago, el águila. Y en el centro, el corazón que latía y latía y no descansaba.

Todo en ese lago tenía deuda. El agua debía a la lluvia. La lluvia debía a Tláloc. Tláloc debía a los niños que le entregaban. Los niños debían a los padres que los entregaban. Los padres debían al sol que los alumbraba. El sol debía a los corazones que lo alimentaban. Los corazones debían al tiempo que los había hecho crecer.

Una ciudad de deudas en cadena, sostenida sobre el agua que no es firme pero que es el único suelo disponible.

Así empezó. Así creció. Las estimaciones varían, pero Tenochtitlan llegó a contarse entre las ciudades más pobladas de su tiempo.

El lago no dijo nada cuando los españoles llegaron y empezaron a drenarlo. Los lagos no hablan de ese modo. Pero el agua que se va de un lugar siempre va a algún otro. El lago Texcoco no desapareció: se transformó en la sed permanente de la ciudad que construyeron sobre él. La Ciudad de México tiene sed todavía. Extrae agua de su subsuelo a tal velocidad que se hunde varios centímetros por año.

La ciudad se hunde sobre el lago que mató.

Eso también es un signo. Y el signo todavía no se ha descifrado del todo.

En Apocalipsis 22:1 hay un río que fluye del trono del Cordero. Sus aguas son cristalinas. Dan vida a todo lo que tocan. Las hojas de los árboles que crecen en sus orillas sanan a las naciones.

En el centro del Valle de México hay agua que escasea, agua que contamina, agua que se cobra. La distancia entre esos dos ríos no es geográfica. Es la distancia entre lo que existe y lo que podría existir. Entre lo que somos y lo que está prometido que seríamos.

8. El Templo Mayor

Según estimaciones, el Huei Teocalli se levantaba aproximadamente cuarenta y cinco metros sobre el recinto ceremonial.

Desde su cima se veía todo el Valle de México: el lago, las ciudades aliadas en las orillas, los volcanes al oriente, el cielo que en esa altitud se vuelve más azul que en cualquier otro lugar. Desde su cima, el sacerdote que sostenía el cuchillo de obsidiana y el corazón recién arrancado podía creer —con razón— que estaba en el centro del cosmos.

Porque lo estaba.

El Templo Mayor era el eje del mundo. Allí el cielo y la tierra se tocaban, el tiempo de los hombres entraba en el tiempo de los dioses y el sacrificio adquiría la gravedad de una operación cósmica. Desde su cima, el sacerdote podía creer que sus manos sostenían el universo porque todo cuanto veía parecía ordenarse alrededor de aquella piedra.

Salomón también construyó un Templo así.

El Templo de Jerusalén tampoco era un edificio de devoción. Era la casa de Dios en la tierra. El lugar donde la Shejiná —la presencia divina— se posaba sobre el arca de la alianza en el Sancta Sanctorum. El lugar donde el cielo bajaba. Y donde el sumo sacerdote, una vez al año, entraba al lugar más interior con la sangre del sacrificio para pedir perdón por los pecados de Israel.

El Templo estaba construido como una serie de aproximaciones.

Atrio.

Lugar Santo.

Velo.

Lugar Santísimo.

Y en el centro de aquel centro, el Arca.

Dentro estaban las tablas de la Alianza; sobre ella, el propiciatorio; sobre el propiciatorio, los querubines extendiendo las alas hacia un espacio que permanecía vacío. Israel no puso allí una estatua de Dios. Dejó un lugar.

Ese vacío era el centro.

Allí descendía la Presencia.

El sumo sacerdote podía atravesar el velo una sola vez al año y jamás con las manos vacías. Entraba llevando sangre, porque acercarse al centro significaba atravesar el límite entre la vida ordinaria y aquello que Israel llamaba Santo de los Santos.

Después vino Cristo.

Y la arquitectura comenzó a plegarse sobre una sola persona.

Juan pone en sus labios una frase extraña frente al Templo: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré». El evangelista aclara que hablaba del templo de su cuerpo.

Hebreos lleva la imagen todavía más lejos. Cristo aparece como sacerdote y sacrificio; atraviesa el santuario llevando su propia sangre y abre un camino nuevo a través del velo. El centro al que antes sólo podía entrar uno, una vez al año, comienza a abrirse.

Cuando Cristo muere, el velo del Templo se rasga de arriba abajo.

El Lugar Santísimo queda expuesto.

Ya no hay una cámara detrás de otra cámara esperando al sacerdote.

El centro ha salido al encuentro del hombre.

Por eso Cristo reúne las figuras que el antiguo santuario mantenía separadas: es el sacerdote que entra, la ofrenda que lleva, el templo donde ocurre la presencia y la puerta por la que se accede a ella.

El Arca había custodiado la Alianza.

Ahora la Alianza tiene cuerpo.

El propiciatorio había señalado el lugar de la Presencia.

Ahora la Presencia tiene rostro.

El Lugar Santísimo había sido una habitación inaccesible.

Ahora camina por Galilea, toca leprosos, come con pecadores y permite que Juan apoye la cabeza sobre su pecho.

La geometría del Templo se ha vuelto carne.

Si el Templo puede hacerse cuerpo, sus espacios también pueden leerse hacia dentro. El atrio es la vida expuesta; el altar, la voluntad que acepta ofrecer; el agua, la purificación; el Lugar Santo, la mente donde memoria, imaginación e inteligencia trabajan bajo una luz recibida.

Después está el velo: miedo, deseo, orgullo, herida, todo aquello que protegemos incluso de nosotros mismos. Detrás se abre el Lugar Santísimo, el corazón profundo. Y en ese corazón, el Arca: aquello a lo que concedemos la última palabra.

Puede ocupar ese centro Dios, pero también el miedo, el poder, el resentimiento, el deseo o la propia imagen. Ningún santuario interior permanece neutral.

¿Qué llevas en el Arca?

Los querubines custodian esa pregunta: reverencia, conciencia y discernimiento. Cristo atraviesa el velo sin profanar el centro y abre la posibilidad de que la Presencia habite en el hombre.

Y todavía queda un último movimiento.

Juan contempla al final una ciudad y escribe: «No vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero».

El recorrido termina allí.

Primero, una tienda.

Después, un Arca.

Después, un Templo.

Después, un cuerpo.

Finalmente, una Ciudad entera habitada por la Presencia.

Lo que antes estaba oculto detrás del velo termina ocupándolo todo.

Un eje del mundo en el monte Moria. Otro eje del mundo en el corazón del lago Texcoco. Ambos surgieron de una intuición semejante: que la presencia sagrada exige un lugar de encuentro y que aproximarse a ese centro modifica la vida de quienes se acercan.

Pero la semejanza termina antes de identificar la función de la sangre.

En Jerusalén, la sangre animal pertenecía a los ritos de expiación, purificación y alianza. En el Templo Mayor operaba otra economía religiosa: la sangre humana participaba de una reciprocidad cósmica en la que la vida recibida debía ser devuelta y el orden requería alimento ritual.

No era la misma teología.

Lo que rima entre ambos mundos es la repetición.

En uno, el rito debía renovarse.

En el otro, la deuda cósmica volvía con el amanecer.

Tetelestai.

Consumado es.

La palabra fue pronunciada fuera de Jerusalén, sobre una cruz. No derribó en aquel instante todas las piedras ni extinguió de golpe todos los altares. Pronunció juicio sobre la deuda que necesita volver a cobrarse.

Los dos templos no cayeron juntos en la historia. Se encuentran aquí en otra profundidad.

La Cruz rompe la repetición.

El que podía recibir se entrega.

El que podía exigir paga.

Y desde entonces toda sangre arrancada a otro llega demasiado tarde.

El sacrificio ya ocurrió.

Lo difícil ha sido conseguir que la historia se entere.

9. Los sacerdotes

Los sacerdotes mexicas no dormían.

O dormían muy poco. Su formación comenzaba a los quince años en el calmecac, la escuela de los templos, y duraba toda la vida. Aprendían el calendario, la astronomía, la escritura de los códices, las canciones rituales, las formas del sacrificio. Y aprendían a sangrar su propio cuerpo: con espinas de maguey, con espinas de pescado, con fragmentos de obsidiana. Se sacaban sangre de las orejas, de la lengua, de las piernas, del sexo. La penitencia era diaria y la penitencia era carne.

Así también los sacerdotes de Aarón: purificaciones, vestiduras específicas, prohibiciones alimentarias, días de ayuno, formas prescritas para el sacrificio. El sacerdote aarónico no podía entrar al Sancta Sanctorum con el cuerpo sin preparar. La presencia de Dios exigía un cuerpo especialmente dispuesto. La santidad desbordaba la vida ordinaria. Quien se acercaba a ella debía preparar el cuerpo para sostener su peso.

Ambos cuerpos sacerdotales cargaban la misma responsabilidad: mantener abierta la comunicación entre el cielo y la tierra. Eran los intermediarios. Los puentes. Los que podían cruzar la frontera que los demás no podían cruzar.

Ambas estructuras sacerdotales terminaron históricamente quebradas o desarticuladas.

El sacerdocio mexicano fue destruido en 1521. El sacerdocio israelita fue dispersado después de la destrucción del Templo en el año 70 d.C. Los dos templos cayeron. Las dos estructuras que sostenían el cielo sobre la tierra quedaron en ruinas.

La carta a los Hebreos anuncia una tercera forma de sacerdocio. El sumo sacerdote atraviesa una sola vez el umbral del lugar santísimo y lleva consigo su propia sangre. El rito llega a cumplimiento; la repetición cesa. Juan contempla el mismo misterio desde otra imagen: en el centro permanece el Cordero, y su entrega clausura la deuda.

Los doce franciscanos que llegaron descalzos al Valle de México en 1524 intentaron servir bajo esa figura sacerdotal. Con mezcla de éxito y de fracaso que nadie debería blanquear. Aprendieron náhuatl. Escribieron gramáticas. Pero también quemaron códices.

Ambas cosas son verdad. Las dos al mismo tiempo.

10. Los corazones

Hay que entrar al sistema para entenderlo.

El sacrificio humano mexica llevó hasta el extremo una intuición verdadera y una respuesta terrible. Aquella cosmología había percibido la fragilidad del mundo: el sol podía cesar, el orden podía romperse, la vida parecía exigir una deuda. El error comenzó cuando esa deuda recibió el cuerpo de otro como moneda.

El problema era real: el cosmos es frágil. La existencia no se sostiene sola. El sol sale cada mañana pero nada garantiza que vaya a seguir saliendo. El orden del mundo es un logro, no un dato. Alguien tuvo que pagar para que existiera. Alguien tiene que seguir pagando para que continúe.

Esa intuición no es supersticiosa. Es profunda.

El profeta Miqueas preguntó: ¿Con qué me presentaré ante el Señor, y me humillaré ante el Dios de las alturas? ¿Me presentaré con holocaustos, con becerros de un año? ¿Se agradará el Señor de miles de carneros, o de diez mil ríos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma?

Es la misma pregunta que el sacerdote azteca estaba respondiendo con el cuchillo de obsidiana en la cima del Templo Mayor. ¿Cuánto hay que dar? ¿Cuánto es suficiente?

Miqueas desplaza la ofrenda hacia la justicia, la misericordia y el caminar humilde. Su respuesta cambia el corazón del culto, aunque deja suspendida la pregunta del cosmos: ¿seguirá saliendo el sol cuando cese la sangre?

La respuesta cosmológica llegó después. Llegó desde fuera del sistema, porque el sistema no podía generarla. Llegó de afuera del ciclo de la deuda.

Pero antes de la respuesta hay que honrar la pregunta.

El sacerdote azteca que levantaba el corazón hacia el cielo era el hombre más serio de su civilización. Había tomado la fragilidad del cosmos con una seriedad capaz de llegar hasta el horror. Si la vida exigía un precio, entregaría lo más valioso; si el sol reclamaba alimento, colocaría en sus manos el centro mismo del cuerpo.

La solución estaba torcida. La pregunta conservaba toda su gravedad.

En el Templo Mayor, el corazón era entregado por manos ajenas. En la Cruz, el corazón se ofreció desde dentro. Aquello que la violencia arrancaba encontró respuesta en una libertad que se daba a sí misma.

Esa entrega clausura el sistema: nadie puede exigirla, nadie puede repetirla, nadie puede sustituirla con el cuerpo de otro.

Toda víctima inocente espera, aun sin saberlo, la llegada de alguien capaz de cerrar el ciclo sin producir una víctima más.

11. El sol alimentado

El sol ha subido.

Ha comido. Por hoy no caerá.

Los sacerdotes lo vieron trepar desde el horizonte oriente y supieron que el sacrificio de anoche sirvió. El orden se sostuvo por un día más. Los hombres pueden bajar de los techos donde esperaban y volver a sus chinampas y sus mercados y sus niños.

Al amanecer siguiente, la deuda comenzará de nuevo. El sol de aquella cosmología posee un hambre sin memoria: cada corazón lo alimenta durante unas horas y cada mañana vuelve a abrir la boca. La víctima de hoy jamás alcanza a comprar la luz de mañana.

Hay una palabra nahua que no cabe entera en una traducción: ixiptla.

Imagen. Representante. Presencia hecha visible en otro cuerpo. En ciertos ritos, aquel que revestía al dios podía terminar también sobre la piedra.

El griego cristiano guarda otra palabra: ἀντίλυτρον, antílytron. Rescate dado por otros.

No significan lo mismo.

Vienen de mundos que no deben confundirse.

Pero durante un instante sus sombras se tocan: un cuerpo carga una presencia; otro cuerpo se entrega por muchos.

Entonces aparece la diferencia.

El ixiptla pertenece al ciclo.

El rescate de Cristo pretende cerrarlo.

Una entrega después de otra.

Frente a una entrega que dice:

basta.

El sol sigue saliendo. Pero ya no porque alguien pague. Sube porque así fue hecho, porque así le fue dado levantarse, porque su Creador le dijo sal cada mañana y él obedece.

El sol que ahora sube sobre el Valle de México no come corazones. En su interior, la materia se vuelve energía y la energía alcanza la tierra como luz. Arde conforme a la naturaleza que recibió, no porque alguien lo alimente a tiempo.

Desde el Templo Mayor, esa verdad permanece oculta. Quienes contemplan el amanecer todavía creen que sus manos sostienen al sol.

Ése es uno de los dolores más antiguos del poder: cargar durante siglos aquello que jamás pidió ser cargado y llamar deber a una servidumbre nacida del miedo.

12. Quetzalcóatl

Quetzalcóatl bajó al Mictlán.

No por voluntad propia en el sentido en que lo entendemos: bajó porque tenía que bajar, porque el quinto sol exigía humanidad y los huesos de las humanidades anteriores estaban en el reino de los muertos y alguien tenía que ir a buscarlos.

Fue. Habló con Mictlantecuhtli, señor de los muertos, que le puso pruebas. Las pasó. Tomó los huesos de los hombres anteriores y empezó a subir. Pero el señor de los muertos le tendió una trampa: una codorniz asustó a Quetzalcóatl y cayó, y los huesos se dispersaron y se rompieron.

Por eso los hombres tenemos diferentes estaturas. Por eso no somos perfectos: estamos hechos de huesos rotos, recogidos del suelo del Mictlán por un dios que se cayó.

Quetzalcóatl recogió los fragmentos de todos modos. Los llevó a Tamoanchan. Los molió. Los mezcló con su propia sangre. Y de esa mezcla —hueso molido más sangre divina— nacieron los seres humanos.

Estamos hechos de dos cosas: fragmentos del pasado que alguien recogió del suelo y la sangre de quien los recogió.

Ezequiel vio el valle de los huesos secos y preguntó: ¿pueden vivir estos huesos? Dios le dijo: profetiza sobre ellos. Y Ezequiel profetizó y los huesos se unieron, hueso con hueso, y vinieron sobre ellos tendones y carne y piel y espíritu.

Cristo bajó a los infiernos: eso dice el credo apostólico. La primera carta de Pedro habla de que proclamó la salvación a los espíritus que estaban en prisión. El descenso describe un movimiento real: quien posee la vida baja al lugar donde la vida falta, entra en sus profundidades y regresa llevando consigo aquello que había quedado cautivo.

Y el grano de trigo que cae en tierra y muere lleva mucho fruto.

Quetzalcóatl no es Cristo.

Si fueran lo mismo, la semejanza dejaría de significar algo.

Vienen de mundos religiosos distintos. Sin embargo, ambos relatos conocen una figura que desciende hacia los muertos y vuelve desde allí cargando aquello que la muerte había retenido. En el relato nahua son huesos rotos, recogidos del suelo y devueltos a la posibilidad de la vida.

La correspondencia está en el movimiento.

Descender.

Recoger.

Volver.

Dar vida.

Siglos después, algunas crónicas coloniales enlazaron la partida de Quetzalcóatl hacia el oriente con la llegada de Cortés. La memoria hizo allí lo que hace tantas veces después de una catástrofe: volvió hacia atrás y buscó en el pasado una señal que explicara lo ocurrido.

Pero Cortés no era el dios que regresaba.

Era un hombre entrando en una ciudad.

Cristo pertenece a otra historia: entra en la muerte y sale de ella. No vuelve para conquistar una tierra, sino para reclamar aquello que la muerte había llamado suyo.

Esa diferencia no separa dos detalles.

Separa dos mundos.

13. Nanahuatzin

Nanahuatzin no era nadie.

Eso hay que decirlo primero. No era nadie que la historia hubiera guardado antes de aquella noche en Teotihuacan. Era el dios de las llagas y las costras, el dios que los demás dioses miraban de reojo, el dios cuya presencia incomodaba porque recordaba que la belleza no es el único tipo de poder.

En cambio Tecuciztécatl era alguien. Tenía plumas. Tenía riqueza. Tenía historia. Tenía la costumbre de ser respetado.

Los dos dioses corrieron hacia el mismo fuego. Tecuciztécatl corrió cuatro veces y cuatro veces retrocedió. Quien tiene mucho que perder tarda más en soltarlo. El

valor de Tecuciztécatl quedó atrapado en todo aquello que todavía deseaba conservar. Tenía demasiado que calcular antes de atravesar el fuego.

Nanahuatzin corrió una sola vez.

Cerró los ojos —o eso dicen; los mitos no especifican si los cerró o no— y corrió hacia el fuego y se arrojó al centro de la hoguera sin retroceder y ardió.

Y se convirtió en sol.

Pablo escribe a los filipenses: No estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó forma de siervo, nació en semejanza de hombres. Y hallándose en condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

El que no tiene nada que perder puede entregarse completamente. El que tiene mucho que perder tiene que resolver primero el problema de lo que pierde. Y mientras resuelve, el fuego espera.

Jesús de Nazaret nació en un establo porque no había lugar en la posada. El primer signo de su vida fue que el mundo no tenía espacio para él. El segundo signo fue que los pastores —los hombres que los demás miraban de reojo porque olían a oveja— fueron los primeros en saber que había nacido.

Nanahuatzin y el Nazareno. El pequeño que corre hacia el fuego. El carpintero de Galilea que muere entre dos criminales.

El sol que nació de la hoguera de Nanahuatzin alumbraba Teotihuacan. El sol que nació de la Cruz alumbrará todavía cuando Teotihuacan sea polvo.

Y Tecuciztécatl, el poderoso que dudó, se convirtió en luna. Que es hermosa y visible y necesaria. Pero no tiene luz propia.

Refleja.

LIBRO II: PROFETAS

PROPHĒTĒS — La Conquista como ruptura profética y tipo del exilio babilónico

14. Los ocho presagios

El primer presagio fue un cometa de día.

El segundo fue un templo que ardió sin que nadie lo hubiera incendiado. El fuego salió del interior, de adentro hacia afuera, como si la cosa misma se consumiera.

El tercero fue un rayo que cayó sobre un templo sin trueno. El silencio antes y después. Sólo el golpe.

El cuarto fue el lago que hirvió sin viento. El agua no se mueve sola: el viento la mueve. El lago se movió solo.

El quinto fue una mujer que lloraba en la noche. Nadie la veía. Sólo se la escuchaba: hijo mío, hijo mío, ¿adónde te llevaré? La Llorona tiene quinientos años y todavía no ha terminado de llorar. No está esperando a sus hijos ahogados. Está esperando que alguien entienda lo que llora.

El sexto fue un hombre capturado en la red de un pescador. Tenía dos cabezas. Lo llevaron ante Moctezuma. Moctezuma lo miró y el hombre desapareció antes de que pudieran seguir mirándolo.

El séptimo fue un pájaro extraño en cuya cabeza había un espejo. En ese espejo se veía el cielo nocturno y en el cielo nocturno se veían ejércitos.

El octavo fue que en el mercado se vieron hombres deformes: dos cuerpos en uno, hombres de dos cabezas.

Ocho presagios. Josefo, el historiador judío que sobrevivió la caída de Jerusalén, describe señales similares antes del año 70: una espada de luz sobre la ciudad, un ruido dentro del templo como de miles de personas moviéndose, una voz que dijo: salgamos de aquí. Y Mateo 24 habla del signo del Hijo del hombre que vendrá después de que el sol se oscurezca y la luna no dé su luz.

Los presagios anunciaban que aquel mundo había alcanzado su límite. El sistema sacrificial había producido cuanto podía producir y comenzaba a alimentarse de su propio agotamiento.

Algo iba a romperse.

El cometa, el templo encendido desde dentro, el lago que hervía sin viento y la mujer que lloraba en la noche componían una sola sentencia: esto ha llegado al punto en que debe cambiar.

La sentencia era verdadera. La forma de su cumplimiento sería mucho más oscura de lo que cualquiera podía imaginar.

15. El extranjero del oriente

Hernán Cortés creía conocer la empresa que había emprendido. Conquistaba tierras para el rey, almas para la Iglesia y riquezas para sí mismo. Sus motivos eran claros; sus consecuencias, insondables.

Isaías había llamado a Ciro pastor y ungido. Un rey pagano podía cumplir una función dentro de una historia que ignoraba. Su desconocimiento no lo volvía justo ni borraba sus actos: lo convertía en instrumento.

Alejandro extendió por Oriente una lengua que, siglos después, llevaría el Evangelio de ciudad en ciudad. La espada abrió caminos para una palabra que el conquistador jamás escucharía.

Ciro abrió el cautiverio. Alejandro abrió una lengua común. Cortés abrió una ruptura.

Los tres pertenecen a la peligrosa genealogía de los instrumentos: hombres cuyas obras engendraron consecuencias mayores que sus intenciones.

La coalición y alianza encabezada por Cortés derrotó al poder mexica y participó en la destrucción de su orden político y religioso. Abrió con ello una herida que Cortés tampoco comprendía. En sus cartas conviven el asombro ante una civilización capaz de maravillarlo y la narración de su destrucción. Ambas cosas cabían en la misma mano.

Asombro y ruina.

La caída de Tenochtitlan dejó un espacio lleno de sangre, abierto a formas todavía desconocidas. De aquel vacío nacieron instituciones fecundas y violencias nuevas, obras de misericordia y sistemas de dominio, mezclas que cargaban luz y sombra dentro del mismo cuerpo.

El instrumento abre una posibilidad. Jamás garantiza aquello que los hombres harán con ella.

16. La caída del centro

13 de agosto de 1521.

Cuauhtémoc fue capturado sobre el agua, cuando la ciudad ya no tenía hacia dónde retroceder. Lo llevaron ante Cortés.

El sitio había terminado.

La humillación, no.

Tiempo después lo sometieron al fuego para arrancarle el lugar del oro. A su lado sufría el señor de Tlacopan. La tradición conservó entonces una respuesta de Cuauhtémoc, aunque las palabras cambian según quien las cuenta:

¿Acaso estoy yo en un lecho de rosas?

Quizá la frase no llegó hasta nosotros con la exactitud con que salió de su boca. Llegó de otra manera: como llegan ciertas palabras cuando una época decide no olvidarlas.

El oro importa menos aquí que eso.

Le habían quitado la ciudad.

Todavía no podían decidir cómo debía soportar su pérdida.

La ciudad ardió.

No de golpe. Durante cerca de tres meses, que duró el sitio, las fuerzas españolas y una amplia coalición indígena —tlaxcaltecas, texcocanos y otros pueblos enfrentados al dominio mexica— cerraron los accesos al agua dulce, combatieron sobre las calzadas y fueron destruyendo la infraestructura de la ciudad.

Tenochtitlan, cuya población ha sido estimada de maneras distintas, quedó en ruinas. Los sobrevivientes salieron en filas.

Décadas después, los testimonios nahuas conservaron el lamento.

En los caminos quedaron dardos rotos. Los cabellos estaban esparcidos. Las casas habían perdido sus techos y las aguas parecían enrojecidas. Quienes bebían encontraban sabor de salitre.

Las Lamentaciones de Jeremías dicen: ¿Cómo ha quedado sola la ciudad populosa! La grande entre las naciones se ha vuelto como viuda. La señora de provincias ha sido hecha tributaria.

La misma frase dos veces en la historia. Primero Jerusalén, en el 587 antes de la era común. Luego Tenochtitlan, en 1521. Y entre las dos frases permanece la misma pregunta, una pregunta que la filosofía no alcanza a cerrar. La teología tampoco cancela el dolor: permanece junto a él y se atreve a pronunciarlo:

¿Cómo pudo Dios permitir que el centro de su presencia fuera destruido?

Se llora esa pregunta antes de pensar. Si se piensa antes de llorar, se llega a la teología demasiado pronto y la teología que llega demasiado pronto miente.

17. El llanto

Habla el lago.

Escúchenme. Yo que fui destruido. Yo que fui llenado de cascajo y de escombros y de cal. Yo que fui reducido a una costra de sal en el oriente de la ciudad que me sustituyó.

Me llamaban Texcoco cuando era lago. Ahora me llaman problemas de hundimiento y me llaman crisis hídrica y me llaman zonas de riesgo en los mapas de los ingenieros.

No soy un problema de ingeniería. Soy la memoria del agua en un lugar donde el agua ya no es libre.

Yo no era agua de beber.

Mi agua era salobre.

Les di sal, aves, algas, tránsito y distancia. Les di el fondo sobre el que levantaron la ciudad y la frontera líquida que separaba sus casas de sus enemigos.

El agua dulce llegaba desde los manantiales de Chapultepec.

No fui bebida.

Fui sustento, camino y memoria.

Y me llenaron.

Y construyeron sobre mí.

Y ahora se hunden en mí sin saberlo porque lo que está debajo de un edificio también es su destino.

Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentamos y lloramos al recordar a Sión. Pero los que lloraron en Babilonia tenían el río. Yo no tengo río. Tengo tuberías. Tengo canales de desagüe que me vacían hacia el norte, hacia el Tula, hacia el Golfo.

¿Cómo voy a cantar la canción del Señor en tierra extraña, si la tierra extraña soy yo mismo, si me hicieron extraño en mi propio lugar?

El río de Apocalipsis 22 fluye del trono del Cordero. Sus aguas no se vacían. Dan vida sin agotar. Sus hojas sanan.

Yo también quise eso. Quise ser ese río. No pude hacerlo solo.

No lo puedo hacer solo.

Entonces Cristo descendió al fuego de Tenochtitlan.

Los textos canónicos dejaron aquella bajada entreabierta. Pedro habló de espíritus encarcelados. El Credo conservó una frase que parece una puerta:

descendió a los infiernos.

Mucho después, el Evangelio de Nicodemo empujó esa puerta y convirtió el misterio en escena.

El Hades oye pasos.

Los muertos levantan la cabeza.

David reconoce las palabras que alguna vez había cantado. Isaías recuerda la luz prometida a quienes habitaban en sombra. Juan vuelve a preceder al que viene, ahora en el último lugar donde podía anunciarlo.

Entonces una voz golpea las puertas:

Alzad, puertas, vuestras cabezas.

Y las puertas ceden.

Cristo entra.

La antigua imagen lo muestra de pie sobre los cerrojos rotos de la muerte, inclinándose hacia Adán. No lo toma por los dedos. Lo toma de la muñeca, como quien no pide al muerto la fuerza que ya no tiene.

Lo levanta.

El primer hombre sale detrás del Hombre nuevo.

La mano que una vez se extendió hacia el fruto es alcanzada ahora por otra mano.

Y aquí la imagen cambia de tierra.

Cristo desciende debajo de Tenochtitlan.

Bajo las piedras quebradas.

Bajo las casas abiertas.

Bajo el agua enrojecida.

Allí están juntos los corazones ofrecidos sobre el templo y los cuerpos caídos durante el sitio; el cautivo y el guerrero, el niño y el anciano, el vencedor que murió demasiado pronto para conocer su victoria y el vencido que murió sin entender qué mundo terminaba sobre él.

Cristo baja más hondo que ambos nombres.

Allí encuentra a Adán.

No al español.

No al mexica.

Al hombre anterior a los dos.

Lo toma de la muñeca.

Levántate.

No fuiste creado para alimentar el cielo con la sangre de tu hermano.

La ciudad que cayó sobre ti no será tu sepulcro.

Entonces Adán abre los ojos.

Y detrás de él comienza a moverse una multitud que ningún vencedor alcanzó a contar.

18. Los Doce

Llegaron descalzos.

Doce. Los eligieron deliberadamente así: doce como los apóstoles, doce como los meses del año sagrado, doce como el número que en la tradición bíblica significa completitud de misión. Cruzaron el Atlántico y llegaron a Veracruz y caminaron descalzos hasta la Ciudad de México. Kilómetros en el calor del trópico bajo. Los pies en la tierra que todavía olía a derrota.

Cuando llegaron a la capital, Cortés —el hombre que había incendiado una civilización— se arrodilló ante ellos y les besó las manos. Los indígenas que miraban no podían creer lo que veían: el hombre más poderoso de la Nueva España arrodillado ante doce pobres descalzos.

Entre los Doce estuvo Toribio de Benavente, Motolinía. Otros llegarían después: Sahagún, Mendieta y, desde otro lugar de aquella historia, Antonio Valeriano, el estudioso nahua formado en Tlatelolco.

No llegaron al mismo tiempo ni hicieron la misma obra.

Los reunió, sin embargo, una pregunta: qué hacer con una lengua y una memoria que el nuevo mundo religioso necesitaba primero aprender a escuchar.

El gesto de los Doce buscaba parecerse deliberadamente al envío evangélico: pobreza, camino y dependencia de la hospitalidad

Una parte de aquella empresa aprendió náhuatl. Sahagún trabajó durante décadas con informantes indígenas y reunió en la Historia general de las cosas de Nueva España un archivo extraordinario de lengua, memoria y conocimiento nahua.

También destruyeron.

Esa verdad debe permanecer junto a la otra.

En Maní, Diego de Landa arrojó al fuego códices y objetos que consideraba instrumentos de idolatría. En el centro de México también desaparecieron manuscritos bajo la persecución de los antiguos cultos, aunque la memoria posterior haya atribuido a Zumárraga hogueras cuya magnitud resulta más difícil de fijar.

El fuego no distinguía.

Quemaba el rito que querían extirpar y, con él, palabras que nadie volvería a escribir de la misma manera.

Ésa es una de las contradicciones más dolorosas de aquella evangelización: hombres que aprendieron una lengua para salvar almas ayudaron también a destruir parte de la memoria escrita en esa lengua.

Preservaron voces.

Quemaron páginas.

Las dos cosas caben en la misma historia.

La tensión no se resuelve eligiendo una y borrando la otra. Queda allí: hombres que escucharon y hombres que destruyeron, a veces contenidos en las mismas instituciones y en la misma empresa. El modelo de los doce franciscanos no es el modelo perfecto. Es el modelo más honesto disponible: el que intenta escuchar en otra lengua y a veces lo logra y a veces quema lo que escucha.

19. La inversión

El flujo se invirtió.

Eso ocurrió en la Cruz: el flujo cambió de dirección.

En el Templo Mayor, la sangre ascendía desde el pecho abierto hacia el sol. El pueblo entregaba, el dios recibía y el cosmos devolvía unas horas más de existencia. Toda la presión comenzaba en el cuerpo de quien no había elegido subir los peldaños.

En la Cruz, el Centro desciende. Quien podría exigir se entrega. Quien podría recibir sangre, sangra.

El pueblo deja de subir a la víctima. Dios baja.

El sacrificio se cumple una sola vez porque brota del interior de quien se ofrece. Nadie arranca ese corazón.

Entre lo arrancado y lo entregado se abre una distancia inconmensurable. En el primer caso, la violencia pertenece a quien toma. En el segundo, la libertad pertenece a quien da. Una cosmología sostiene el mundo sobre el cuerpo del débil; el Evangelio lo sostiene sobre la entrega del Fuerte.

La Cruz plantada sobre las ruinas del Templo Mayor en 1521 fue un signo mal entendido por casi todos los que lo ejecutaron: creyeron que decía victoria. Decía otra cosa. Decía: la lógica del sacrificio forzado ha terminado. Hay una sola entrega que basta y esa entrega ya ocurrió.

El problema con las inversiones es que el ojo tarda en acostumbrarse. Lo que ha fluido en una dirección durante siglos no cambia de dirección en una generación. El agua no asciende de golpe. Necesita tiempo para comprender que la gravedad ha cambiado de lado.

México lleva cinco siglos aprendiendo que la gravedad cambió de lado.

Nosotros también.

20. La Cruz en el centro

La Cruz no está en la cima del Templo Mayor porque ganó.

Está allí porque el centro del cosmos tiene que cambiar de sentido.

El centro que acumulaba sangre tiene que convertirse en el centro donde la sangre ya no exige más sangre. El lugar donde el flujo subía tiene que convertirse en el lugar donde el flujo baja. El altar donde se ponía la víctima tiene que convertirse en la mesa donde se parte el pan.

Todos los caminos de la antigua Escritura llegan hasta este punto.

Hablaron durante siglos con voces distintas.

Moisés dio forma a la Alianza y levantó en el desierto la serpiente que debía ser mirada para vivir.

David cantó al rey prometido, al justo perseguido y al hombre cuyas heridas parecían abandonadas por Dios.

Isaías contempló al Emmanuel, al Siervo herido y al hombre sobre quien descansaría el Espíritu.

Jeremías anunció una Alianza que ya no estaría escrita solamente sobre piedra, porque alcanzaría el corazón.

Ezequiel vio el corazón de piedra convertido en corazón de carne, al Pastor que reuniría el rebaño, los huesos levantándose y el agua saliendo del Templo.

Daniel vio venir con las nubes a uno como hijo de hombre.

Miqueas señaló hacia Belén.

Zacarías contempló al rey que entraría humilde sobre un asno y volvió los ojos hacia el traspasado.

Ninguno de aquellos hombres vio la figura como la verían después los cristianos. Cada voz pertenecía primero a su tiempo, a su herida y a su esperanza.

Pero la lectura cristiana volvió sobre ellas después de Cristo y descubrió que podían reunirse.

Entonces lo disperso adquirió contorno.

Moisés.

David.

Isaías.

Jeremías.

Ezequiel.

Daniel.

Miqueas.

Zacarías.

No ocho hombres escribiendo una biografía por adelantado.

Ocho voces que, leídas desde otro extremo de la historia, comenzaron a sonar hacia un mismo centro.

En el monte de la Transfiguración aparecieron Moisés y Elías junto a Jesús. La Ley estaba a un lado. Los Profetas, al otro. Entonces vino la nube y una voz desplazó el centro hacia uno solo:

«A él oíd».

Después de la Resurrección, en el camino a Emaús, Cristo comenzó por Moisés y siguió por todos los profetas para mostrar aquello que las Escrituras habían venido diciendo en fragmentos.

La carta a los Hebreos lo resumió con una frase: Dios había hablado muchas veces y de muchas maneras por los profetas; ahora había hablado por el Hijo.

Ésa es la arquitectura cristiana del cumplimiento.

No ocurrió de golpe. No ocurrió limpiamente. Hubo coerción. Hubo sincretismo involuntario. Hubo santos católicos que cubrieron con sus nombres a los dioses nahuas porque la gente no podía dejar de rezarles a los que había rezado toda la vida y encontraron la manera de rezarle a los mismos con nombres nuevos.

Ésa es la arqueología de la conversión: la fe nueva se levanta sobre los cimientos de la fe anterior porque ningún pueblo puede comenzar desde un suelo completamente vacío. Pablo en Atenas no destruyó el altar al dios desconocido: lo nombró. Al dios que vosotros adoráis sin conocerlo, yo os lo anuncio.

El Templo Mayor fue destruido. Sobre el antiguo recinto ceremonial, y con materiales procedentes de la ciudad vencida, se levantó durante el periodo virreinal un nuevo centro político y religioso.

La superposición fue material, urbana y simbólica.

El centro del cosmos reutilizó su propia materia.

Ezequiel 43:4: La gloria del Señor entró al Templo. Y el texto de Ezequiel no habla de un templo nuevo construido sobre un suelo limpio: habla de la gloria volviendo a un lugar que había sido profanado y volviendo a habitarlo.

El Señor no requiere suelo limpio. Requiere puerta abierta.

21. Xochicuicatl

Flor y canto.

In xochitl in cuicatl: la flor y el canto. Ese es el difrasismo nahua para la verdad, para la poesía, para la belleza. No como decoración: como el único modo en que algo verdadero puede decirse. Lo que no se puede decir en flor y canto no se puede decir.

Los franciscanos lo entendieron. Evangelizaron cantando. Pusieron las historias del Evangelio en forma de teatro con flores y música y danza porque esa era la única forma en que la verdad entraba. En Tlatelolco, en Texcoco, en los patios de los conventos que plantaron enormes y abiertos como la teología que intentaban transmitir: abiertos, sin techo, porque Dios es más grande que cualquier techo.

El Cantar de los Cantares es flor y canto. El Salmo 45 es flor y canto. El Evangelio de Juan, con su ritmo de olas que van y vienen —en el principio era el Logos, la vida era la luz, la luz brilla en las tinieblas— es flor y canto.

La verdad que puede reducirse a un esquema todavía no ha dicho todo lo que contiene. La verdad completa necesita imagen, ritmo, paradoja y el silencio que permanece después del sonido.

El libro sagrado de los mexicas no se llamaba libro. Se llamaba teoamoxtli: el libro divino, el libro de flores. Las páginas del libro de flores estaban pintadas, no escritas. Los glifos eran imágenes. La historia era visual antes de ser verbal.

El Libro de la Vida no enumera: recuerda. Es un teoamoxtli. Cada nombre tiene allí la forma de lo que esa persona amó, sufrió y entregó.

Los nombres no desaparecen en ese libro. Se convierten en flores.

22. El bautismo

El agua marcaba.

No todos entendían qué. El bautismo masivo de los primeros años de la Nueva España fue en muchos casos coercitivo, rápido, superficial. Los misioneros bautizaban a miles en un solo día. No había tiempo para el catecumenado, para la instrucción, para el discernimiento. Hubo resistencia activa. Hubo resistencia pasiva —el que decía sí con el cuerpo y no con la voluntad. Hubo confusión sobre qué cosa significaba ese agua sobre la cabeza.

Y sin embargo el agua marcaba.

No porque el rito fuera perfecto. Porque el agua tiene memoria y la memoria actúa aunque el que la recibe no sepa todavía lo que recibió.

Nació de agua y de Espíritu, dice Juan 3:5. No de argumento ni de comprensión perfecta ni de conversión completamente voluntaria. De agua y de Espíritu.

El Espíritu sopla donde quiere, dice el mismo Evangelio. No pregunta permiso. No espera el momento adecuado según los criterios de la pedagogía catequística. Sopla donde hay apertura, aunque la apertura sea mínima, aunque sea una ranura, aunque sea la grieta que deja una persona que recibió agua sin entenderla del todo.

El lago Texcoco fue destruido. Las aguas del bautismo siguieron corriendo por encima de sus ruinas.

Ezequiel 47: el agua salía de debajo del umbral del templo hacia el oriente. Y el hombre que medía iba midiendo: primero hasta los tobillos, luego hasta las rodillas, luego hasta los lomos, luego era un río que no se podía pasar.

Las aguas suben. No siempre a velocidad que podamos ver. Pero suben.

23. El mestizaje

Dos pueblos. Un muro. La destrucción del muro.

Pablo escribe a los de Éfeso: Cristo es nuestra paz, él que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro de separación que los dividía, la enemistad, anulando en su carne la ley de los mandamientos con sus preceptos, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre.

Un solo y nuevo hombre. Eso es lo que el mestizaje debía ser.

El mestizaje histórico quedó lejos de aquella promesa.

La leyenda negra convierte el encuentro entero en condena; la leyenda rosa lo convierte entero en justificación. Ambas permiten esquivar la materia concreta: dos pueblos se encontraron bajo condiciones de violencia extrema y produjeron una realidad que ninguno podía reconocer por completo como propia.

La unión surgió muchas veces sin consentimiento, reciprocidad ni el amor que Efesios exige para crear al hombre nuevo. Hubo mezcla antes que reconciliación.

La sangre, la lengua, la cocina, la fe y la memoria se reunieron mientras la enemistad continuaba respirando dentro de ellas.

Era materia prima.

Una posibilidad todavía sin cumplir.

La reconciliación seguía pendiente.

El mestizo mexicano lleva en el cuerpo genealogías históricas distintas —indígenas, europeas, africanas y asiáticas—, entrelazadas bajo relaciones que no fueron iguales ni voluntarias en todos los casos. La del indígena que fue despojado y la del español que despojó. No puede elegir una y desechar la otra sin desechar la mitad de sí mismo. Tiene que cargar las dos. Y cargar las dos es lo más difícil.

Porque cargar la genealogía del que despojó significa reconocer que parte de uno mismo tiene una deuda que no fue saldada. Y cargar la genealogía del despojado significa reconocer que parte de uno mismo fue dañado de formas que todavía duelen.

La diferencia entre mezcla y reconciliación es el reconocimiento. La mezcla ocurre sin que nadie diga lo que ocurrió. La reconciliación requiere que alguien lo nombre.

Efesios 2 dice que Cristo derribó el muro. Eso ocurrió en la Cruz. Pero el muro derribado en la Cruz tiene que ser derribado de nuevo en cada contexto histórico donde un muro divide. En México, ese muro todavía está en pie en muchos lugares: en la mirada que distingue al indio del mestizo, en el apellido que clasifica, en el barrio que separa, en el dinero que hace visible la distancia entre los que tienen genealogía reconocida y los que no.

El hombre nuevo que Efesios promete no ha nacido del todo. Está en proceso de nacer. Y el mestizo mexicano —cuando carga sus dos genealogías en lugar de elegir entre ellas— es la forma más concreta que ese proceso tiene en América.

24. La herida

La herida no ha cerrado.

No se la puede cerrar desde afuera. Las heridas que vienen de adentro —del lugar donde la identidad fue fracturada, donde el nombre fue cambiado, donde lo que eras fue reemplazado por lo que alguien más quería que fueras— no cierran con el

tiempo ni con las leyes ni con los discursos del Día de la Raza ni con los museos de antropología que guardan lo prehispánico en vitrinas.

Las perlas nacen en las heridas.

La ostra tiene una lesión en el tejido blando de su cuerpo. Un grano de arena, un parásito, algo que no debería estar adentro. Y alrededor de esa intrusión, la ostra produce nácar. Capa sobre capa sobre capa. Hasta que lo que era una herida se convierte en la cosa más hermosa que el océano produce.

Las puertas de la Nueva Jerusalén son de perla. Cada puerta es una sola perla, dice el Apocalipsis. No de doce piedras preciosas distintas ensambladas: de una sola perla. Eso significa que cada puerta de entrada a la ciudad final fue, antes de ser puerta, una herida.

La herida de la conquista de México permanece como materia de transformación. Allí puede formarse el nácar: capa sobre capa, memoria sobre memoria, mientras el cuerpo intenta convertir la intrusión en una sustancia que ya no sea únicamente dolor. Si se toca bien. Si se le deja el tiempo suficiente. Si el organismo no muere de infección antes de que la herida se convierta en lo que puede ser.

No hay garantía de que ocurra. La ostra también puede morir.

25. El exilio interior

El exilio no necesita frontera.

Los pueblos indígenas que sobrevivieron la Conquista no cruzaron ningún río para exiliarse. Se quedaron en sus tierras. Pero el mundo que habitaban se volvió ajeno alrededor de ellos: otro idioma oficial, otro calendario, otro sistema jurídico, otro dios con otro nombre y otra forma de ser adorado.

Exilio en el propio lugar. Eso es más complicado de habitar que el exilio geográfico. El que cruza una frontera sabe que está en territorio ajeno y puede organizar su identidad en relación a esa otredad. El que se queda y el mundo cambia a su alrededor no tiene ese orden: tiene que habitar lo ajeno fingiendo que es propio, o habitar lo propio fingiendo que está de acuerdo con llamarlo ajeno.

Junto a los ríos de Babilonia nos sentamos y lloramos. Los israelitas en Babilonia tenían el río. Tenían un lugar geográfico claro para su tristeza. Y sin embargo no

podían cantar las canciones de Sión en tierra extraña: las canciones necesitaban el suelo donde habían nacido para sonar como debían sonar.

Las lenguas indígenas sobrevivieron. Eso es lo que hay que decir antes de cualquier otra cosa: sobrevivieron. El náhuatl todavía tiene hablantes. El maya todavía tiene hablantes. El zapoteca, el mixteca, el otomí, el tzeltal, el tzotzil, el rarámuri. Más de sesenta lenguas vivas. Lenguas que guardaron en su interior la memoria de lo que ningún códice quemado pudo destruir porque lo que estaba en la lengua no cabía en el papel.

Daniel sobrevivió en Babilonia. Ester sobrevivió en Persia. La identidad puede habitar en el interior de otra lengua, otro sistema, otra cultura, como el agua que corre debajo de la roca: invisible desde arriba, pero corriendo.

Las lenguas indígenas corrieron debajo del español durante cinco siglos. El náhuatl dejó en el español palabras que el español usa sin saber que son del náhuatl: chocolate, tomate, aguacate, chile, tamal, comal, petate, mecate. El náhuatl vivió en el español que lo reemplazó.

Eso también es una forma de supervivencia.

26. Memoria de huesos

Ezequiel estuvo en el valle de los huesos.

El Señor lo llevó allí y lo hizo caminar entre ellos. Eran muchos. Estaban muy secos. Y el Señor le preguntó: hijo de hombre, ¿vivirán estos huesos?

Ezequiel respondió lo único que podía responderse: Señor, tú lo sabes.

Ezequiel reconoce el límite de su autoridad y recibe, aun así, el peso entero de la pregunta. «Señor, tú lo sabes» significa: la respuesta me excede, pero los huesos permanecen delante de mí y no apartaré la mirada.

Chapultepec también guarda un valle de huesos. Sólo que el suyo está debajo de los árboles.

El bosque que desde arriba parece hecho de agua, ahuehuetes y caminos tiene otra geografía bajo la tierra. En la parte baja del cerro permanece Cincalco, la casa del maíz, una cueva que los antiguos pueblos del valle consideraron sagrada. La tradición colocó allí a Huémac, último señor de Tollan, después de la caída de su

mundo. Siglos más tarde, cuando los presagios comenzaron a cerrarse alrededor de Tenochtitlan, Moctezuma pensó también en Cincalco.

Quiso bajar.

Las crónicas cuentan que buscó en aquella abertura una salida distinta de la que la historia había preparado para él. Huémac habitaba, según el relato, al otro lado. Entrar significaba abandonar el mundo visible antes de que el mundo visible terminara de caer.

Moctezuma no entró.

Regresó a la ciudad.

Poco después, la ciudad entró en aquello de lo que él había querido escapar.

Chapultepec conservó la boca.

Y cinco siglos después, en otra parte del mismo bosque, volvieron a aparecer huesos.

En las barrancas de la Tercera Sección, junto al Panteón Civil de Dolores, hay cavidades donde han quedado expuestos restos humanos procedentes de antiguos espacios funerarios y fosas comunes. Algunos fueron removidos. Otros terminaron mezclados con objetos dejados por visitantes y con rituales contemporáneos. El bosque destinado al paseo, al museo y al descanso conserva así, en sus zonas menos visibles, una habitación de los muertos.

La imagen resulta difícil de separar de Ezequiel.

En un extremo de Chapultepec, una antigua cueva fue imaginada como umbral hacia el otro mundo.

En otro, la ciudad moderna encuentra huesos que ya habían sido enterrados y que han vuelto a salir a la superficie.

Arriba caminan corredores, familias y automóviles.

Abajo permanecen los muertos.

La ciudad pasa sobre ellos sin saber siempre sus nombres.

Ezequiel tampoco recibe permiso para mirar desde lejos.

Dios lo hace caminar entre los huesos.

Cerca.

Lo suficiente para ver que son muchos.

Lo suficiente para saber que están secos.

Después le ordena hablar.

Huesos secos, oíd.

Primero viene el ruido.

Después, el encuentro.

Hueso busca hueso como si todavía recordara dónde pertenecía.

Llegan los tendones.

La carne.

La piel.

Y todavía no hay vida.

Falta aquello que ningún hueso puede darse a sí mismo.

Entonces el Espíritu viene desde los cuatro vientos.

Y lo que era osario se pone de pie.

Quizá por eso una ciudad nueva comienza mucho antes de levantar edificios. Comienza cuando aprende a caminar entre sus muertos sin convertirlos en paisaje, cuando recoge lo disperso, devuelve cada hueso a una historia y comprende que ninguna reconciliación puede edificarse sobre restos anónimos.

Chapultepec guarda agua debajo de la tierra.

Guarda también huesos.

Una ciudad necesita recordar ambas cosas.

El agua dice que todavía puede vivir.

Los huesos preguntan para quién.

El valle de los huesos secos de México está lleno.

Los tlatelolcas que murieron el último día del sitio, en agosto de 1521. Los que murieron de viruela después de la llegada europea y antes de la caída final de la

ciudad. Los que murieron en las minas de plata de Zacatecas y de Guanajuato y de Taxco, en los tiros oscuros donde el mercurio para procesar la plata producía temblores y luego demencia y luego muerte. Los esclavizados africanos traídos para reemplazar la mano de obra indígena que la epidemia había diezmado. Los indígenas rebeldes ahorcados en el siglo diecisiete y en el dieciocho. Los insurgentes del diecinueve. Los de la Reforma. Los de la Revolución, que mató más de un millón de personas. Los del 68, esa noche de octubre en Tlatelolco, el mismo Tlatelolco donde la última batalla. Los cuarenta y tres normalistas de Ayotzinapa. Las mujeres de Ciudad Juárez. Los que cada año llenan las fosas comunes que los peritos forenses descubren en Sinaloa y en Veracruz y en Guerrero.

¿Vivirán estos huesos?

El Señor respondió con un mandato:

Profetiza sobre estos huesos. Diles: huesos secos, oíd la palabra del Señor.

Ante los muertos, el gesto inaugural consiste en dirigirles la palabra. Hablarles devuelve aquello que la violencia quiso cancelar: un nombre, un lugar entre los vivos, la posibilidad de un futuro pronunciado incluso desde el valle.

Las causas deben nombrarse. La justicia debe operar. Pero antes de todo sistema, expediente o teoría, alguien tiene que inclinarse sobre los huesos y decirles: todavía pertenecen a una historia.

El Espíritu no llega sobre lo que nadie nombra.

Y la primera tarea de cualquier ciudad que quiera ser nueva es devolver nombres a los que la historia se los quitó.

LIBRO III: EVANGELIO

CHRISTOS + PNEUMA — Guadalupe como Anunciación americana

27. En aquel tiempo

En aquel tiempo.

Diciembre de 1531.

Cuauhtémoc llevaba diez años muerto: lo colgaron de un árbol en Honduras en 1525, acusado de conspiración. La ciudad todavía olía a cal y a escombro. Un hombre camina hacia Tlatelolco.

El relato guadalupano lo llama Juan Diego; en náhuatl, Cuauhtlatoatzin: el que habla como el águila.

La tradición lo presenta como indígena, catecúmeno y viudo. Dentro del Nican Mopohua, su condición es clara: carece de poder institucional y recibe una misión que el obispo debe aprender a escuchar. Camina temprano, antes de que el frío de la madrugada ceda.

En el monte Horeb, el ángel del Señor se apareció a Moisés en una llama de fuego en medio de una zarza. Moisés miró y vio que la zarza ardía pero no se consumía. Y dijo: iré ahora y veré esta grande visión.

Moisés estaba entonces lejos del centro del poder. Había dejado Egipto, pastoreaba en Madián y cargaba una historia que parecía haberlo apartado para siempre de aquello que había conocido en la casa del Faraón.

No tenía ejército.

No tenía cargo.

Tenía una voz que todavía no sabía cómo obedecer.

La Biblia vuelve una y otra vez hacia aquellos que el poder no habría elegido.

Ese es el patrón que no cambia.

28. El Tepeyac

El Tepeyac había sido sagrado antes.

Allí había un adoratorio a Tonantzin, nuestra venerada madre: la madre tierra, la que da y la que recibe, la que alimenta desde abajo y desde arriba. Los peregrinos subían el cerro para rezarle. El cerro era sagrado no porque alguien lo hubiera declarado sino porque la gente lo había consagrado con sus pies durante generaciones.

Los lugares sagrados se forman cuando generaciones de cuerpos, relatos y ofrendas regresan al mismo sitio hasta convertirlo en umbral. El suelo del Tepeyac ya tenía forma de umbral antes de que ningún misionero llegara a nombrarlo.

Elías subió al Horeb, el monte de Dios, y allí el Señor le habló. No en el viento que partía las peñas: Dios no estaba en el viento. No en el terremoto: Dios no estaba en el terremoto. No en el fuego: Dios no estaba en el fuego. Y después del fuego, una voz quieta y delicada.

La presencia que se hace reconocer sin viento, terremoto ni fuego.

El Tepeyac en diciembre de 1531 tenía frío y silencio de madrugada. El cerro árido donde en invierno no crece nada. Y en ese silencio que precede a todo, una voz en náhuatl, la lengua del que caminaba.

No en latín. No en español. En náhuatl.

Juan 1:18: Nadie ha visto a Dios en ningún tiempo. El Unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer.

El Tepeyac ya guardaba una memoria materna cuando comenzó a hablar otra voz.

Tonantzin pertenecía a un mundo religioso anterior, tejido con tierra, fecundidad, lluvia y retorno. Guadalupe no repite simplemente aquella figura, pero tampoco llega a un lugar vacío.

El cerro conserva ambas memorias.

La correspondencia comienza allí.

29. La mujer del Apocalipsis

Y apareció en el cielo una señal grande.

Una mujer vestida del sol. La luna debajo de sus pies. Una corona de doce estrellas sobre su cabeza.

Hacia fines del siglo primero, Juan contempla desde Patmos una mujer revestida de signos celestes: el sol, la luna, las estrellas y, frente a ella, el dragón.

En el año 1531, en el cerro del Tepeyac, Juan Diego vio algo que el Nican Mopohua describe con palabras nahuas que en su estructura son paralelas al Apocalipsis: una mujer rodeada de luz, sobre ella el sol y debajo de sus pies la luna.

La correspondencia no depende de demostrar una cita entre ambos relatos. Surge de la forma: mujer, luz, luna y un mundo amenazado alrededor de ella.

La mujer del Apocalipsis aparece cuando el dragón espera para devorar al hijo. La aparición en el Tepeyac ocurre cuando el mundo que había sostenido a los pueblos del lago durante siglos ha sido destruido y lo que viene en su lugar todavía no tiene forma definitiva.

En los dos casos: mujer, luz, luna, dificultad máxima.

Guadalupe aparece desarmada. Llega sin ejército, decreto ni aparato de dominio. Su autoridad comienza en una pregunta dirigida dos veces a Juan Diego:

¿Acaso no estoy aquí yo, que soy tu madre?

No dice: obedece. No dice: convence al obispo. Dice: ¿no estoy aquí?

La presencia como argumento. La presencia como lo que no necesita demostrar que es presencia porque está presente.

Debajo de sus pies está la luna.

Quien la mira desde México puede escuchar allí otra memoria.

Tonantzin.

No porque una figura sea secretamente la otra.

No porque cinco siglos puedan borrarse con una equivalencia.

Porque los símbolos también pisan tierras anteriores.

La imagen cristiana no llegó a un suelo vacío. Encontró un cerro, un nombre, una lengua y una memoria materna que ya estaban allí.

Lo antiguo no desapareció debajo de sus pies.

Quedó debajo como queda la piedra antigua dentro de un muro nuevo: invisible en algunos lugares, visible en otros, sosteniendo aun aquello que vino después.

30. Juan Diego

Juan Diego se llama Cuauhtlatoatzin.

El que habla como el águila. Un nombre que no es metáfora: es descripción. El águila no habla mucho. El águila ve desde arriba y cuando habla, la distancia le da autoridad.

Y también se llama Juan Diego.

El nombre bautismal.

Un nombre cristiano junto al nombre nahua.

Dos nombres en un solo hombre, sin que uno tenga que borrar al otro.

Moisés cuando la voz del arbusto le habla no puede creer que lo estén eligiendo: ¿Quién soy yo para ir al Faraón? María cuando el ángel le anuncia que va a concebir no entiende cómo puede ser si ella no conoce varón. Juan Bautista al saber que Jesús es el que viene después de él dice: conviene que él crezca y que yo mengüe.

Las tres escenas dejan algo reconocible en él: la extrañeza del elegido, la obediencia antes de comprender por completo y la disposición a desaparecer detrás del mensaje.

Va tres veces al obispo. El obispo no le cree. Juan Diego vuelve. El obispo pide una señal. Juan Diego regresa al cerro y recibe las flores que no podían crecer en diciembre en ese cerro árido.

Las lleva en su tilma. Ante el obispo, las flores caen al suelo y en la tela aparece una imagen.

El mensajero se convierte en el mensaje. La tilma es el texto que Juan Diego lleva sin saber que la lleva. El portador no necesita entender lo que porta para portarlo fielmente.

Ese es el tipo humano que la Nueva Jerusalén necesita: el que puede llevar lo que no comprende del todo, sin deformarlo, sin añadirle cosas, sin quitarle cosas.

Sólo llevarlo.

31. La tilma

La tilma dice lo que ningún sermón pudo decir.

No porque el sermón sea insuficiente. Porque hay verdades que el lenguaje verbal no puede contener sin reducirlas y que necesitan la imagen para ser completas.

La mujer inclina apenas la cabeza. No mira como reina que espera obediencia. Mira hacia abajo, hacia quien está delante.

Detrás de ella se abre la luz. Bajo sus pies, la luna. Sobre el manto, las estrellas.

Durante siglos los ojos han intentado leer esa superficie como se lee el cielo. Algunos han buscado allí la bóveda exacta de diciembre de 1531. Otros han visto en las flores, los colores y la posición del cuerpo signos capaces de hablar también en náhuatl.

Entre ellos está la flor de cuatro pétalos sobre el vientre.

Ha sido leída como eco del nahui ollin: movimiento, centro, quinto sol.

Puede discutirse la antigüedad o exactitud de esa lectura.

Su potencia simbólica, sin embargo, explica que la mirada haya regresado tantas veces a ella.

El signo del quinto sol queda colocado sobre el lugar donde la imagen cristiana guarda al niño.

El mundo que necesitaba alimentar al sol mira entonces hacia un vientre.

La sangre que subía encuentra a un Dios que desciende.

No hace falta demostrar que el pintor calculó cada correspondencia. Las imágenes grandes terminan conteniendo también las miradas que los siglos depositan sobre ellas. A veces una imagen significa más después de haber sido mirada durante quinientos años.

Y la imagen no muestra poder. La mujer no está sentada en un trono. No tiene espada. No señala hacia ningún lugar. Ora.

La madre que ora es más poderosa que la madre que manda, porque la que ora pone lo que tiene en manos de algo más grande que ella.

Habla en un lenguaje que ambos mundos podían reconocer antes de ponerse de acuerdo sobre las palabras: el de los símbolos que el ojo recibe antes de que el pensamiento los traduzca.

32. Las flores en diciembre

La tradición insiste en el invierno.

El Tepeyac aparece seco, pedregoso, fuera de la estación esperada para aquellas flores.

Y sin embargo, en el relato, florece.

Rosas de Castilla, dice la tradición.

Juan Diego las recoge, las guarda en la tilma y las lleva al obispo.

Cuando abre la tela, las flores caen.

La Escritura conocía ya otra floración fuera de tiempo.

La vara de Aarón había sido cortada y colocada entre las varas de las tribus. Durante la noche brotó, floreció y produjo almendras.

También Sara escuchó una promesa cuando la edad parecía haber cerrado la puerta.

En esos relatos, el signo aparece donde el curso esperado de las cosas parecía agotado.

No demuestra mediante argumento.

Interrumpe.

Abre una posibilidad allí donde todo parecía haber terminado.

Eso hacen las flores del Tepeyac dentro de la tradición que las conserva.

Aparecen sobre una tierra herida, en una estación de escasez, llevadas por un hombre al que nadie habría escogido como embajador.

La señal no obliga.

Florece.

33. El rostro mestizo

El rostro de Guadalupe habita el intervalo.

Sus rasgos no descansan por completo en una genealogía europea ni se dejan encerrar en una fisonomía indígena única. Es un rostro nacido después de la ruptura, posible únicamente cuando dos mundos ya se habían mirado, herido y mezclado.

Antes de 1521, aquel rostro carecía de historia. Después de 1531, comenzó a aparecer en las cárceles, los hospitales, las cocinas, los camiones y los altares que acompañan a los migrantes.

En él, las genealogías permanecen visibles. La piel y los ojos guardan la memoria indígena; el vestido lleva formas europeas; el sol, la luna y las estrellas lo colocan en una escala cósmica.

Ese rostro todavía no resuelve el mestizaje.

Lo anuncia reconciliado.

34. La casa

Quiero que me hagan aquí una casita.

Eso pide la Señora del Tepeyac.

No una fortaleza.

No un palacio.

Una casita.

La palabra contiene ya la forma de lo anunciado: el primer espacio de la ciudad que desciende es doméstico.

El Logos había puesto su tienda entre los hombres. Ahora esa lógica adquiere techo, mesa, agua que se calienta y un cuerpo que puede dormir protegido.

Juan escribe que el Verbo habitó entre nosotros. El verbo griego, eskēnōsen, conserva la imagen de una tienda: una morada levantada para quienes todavía están en camino.

La provisionalidad no pertenece a la Presencia.

Nos pertenece a nosotros.

Primero la casa.

Después la comunidad.

Más tarde, aquello que pueda crecer sin perder la mesa.

35. La devoción popular

La fe guadalupana no llegó por decreto episcopal.

Llegó caminando. Llegó de abajo. Llegó de las personas que no tienen poder para decretar nada pero que tienen la capacidad de caminar hasta el Tepeyac cada diciembre, con los pies descalzos o con los pies en chanclas o con los pies hinchados de viaje.

Los indígenas le rezaron en náhuatl. Los mestizos le cantaron las mañanitas a las cuatro de la mañana. Los migrantes la llevaron al norte, al cruzar el desierto con la imagen plastificada en la bolsa o cosida en la ropa. Los presos la pusieron en las paredes de las celdas. Los enfermos la tocaron en los hospitales. Hidalgo la puso en el estandarte con que empezó la Independencia. Zapata la llevó en la ropa de sus hombres.

Eso no se planea. No se organiza. Ocurre cuando algo toca un lugar en la gente que nada más puede tocar.

En el capítulo dos de los Hechos de los Apóstoles, el Espíritu desciende sobre la comunidad entera. El fuego alcanza a los apóstoles, a las mujeres, a los jóvenes, a los ancianos y a cuantos aguardaban reunidos. Los de afuera escuchan sus propias lenguas y preguntan qué significa aquello.

Pedro responde con Joel:

Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne.

Toda carne: la instruida y la iletrada, la que ocupa una cátedra y la que llega caminando con los pies hinchados, la que conoce la doctrina y la que apenas sabe pronunciar una plegaria.

La devoción popular a Guadalupe puede leerse desde esa promesa: una forma religiosa que no permaneció encerrada en el altar, sino que aprendió a caminar entre lenguas, clases, regiones y generaciones.

Nadie diseñó por completo esa expansión.

Ocurrió.

Y todavía ocurre.

36. La madre que no sacrifica

Coatlicue tiene faldas de serpientes.

Sus colmillos son de serpiente. Sus garras son de águila. Su collar está hecho de manos cortadas y corazones arrancados y un cráneo al centro. El vientre que dio a luz a Huitzilopochtli, el dios de la guerra, el dios que mandó salir de Aztlán, está en ese cuerpo que es simultáneamente bello y terrible.

La madre cósmica nahua aparece poderosa y terrible. Devora aquello que ha dado a luz porque la naturaleza recibe nuevamente los cuerpos que produjo: la carne vuelve a la tierra, la tierra levanta otra carne y el ciclo continúa sin preferir a ninguno de sus hijos.

Cihuacóatl llora. Tlazoltéotl recibe la suciedad. Coatlicue sostiene en un mismo cuerpo el nacimiento y la muerte.

Guadalupe pronuncia otra maternidad:

¿Acaso no estoy aquí yo, que soy tu madre? ¿Acaso no estás bajo mi sombra y resguardo? ¿Acaso no estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos?

En esas palabras la protección deja de ser deuda. La madre sostiene, cubre y acompaña. Pide una casa, pide compasión, pide que su presencia encuentre lugar entre los hombres.

La inversión es silenciosa y radical: una maternidad capaz de sostener sin cobrar sangre.

Desde que esa forma apareció, quedó abierta como posibilidad para América.

37. El Nican Mopohua

El Nican Mopohua fue compuesto en náhuatl hacia mediados del siglo XVI y se atribuye tradicionalmente a Antonio Valeriano. Su fecha exacta y la historia de su transmisión permanecen abiertas a discusión.

Nican mopohua: aquí se narra. Así empieza, en la sintaxis ceremonial que el náhuatl usa para lo importante: con la ubicación de lo que va a contarse en el tiempo y en el espacio. Aquí, ahora, esto: un gesto de presencia antes de la historia.

El relato puede leerse en resonancia con escenas de anuncio que el Evangelio de Lucas había hecho familiares al cristianismo: una presencia irrumpe en una vida ordinaria, un mensajero humilde recibe algo que lo supera, la pregunta precede al consentimiento y una señal acompaña aquello que todavía no puede verse por completo.

La semejanza no convierte un relato en copia del otro.

Permite que se iluminen a distancia.

La sintaxis pertenece al náhuatl. También los epítetos ceremoniales y el ritmo del discurso formal, que avanza por pares: la segunda expresión recoge a la primera, la despliega y deja resonando aquello que una sola frase no alcanzaba a contener.

Flor y canto.

Dos imágenes reunidas para decir una tercera cosa. El Evangelio había entrado antes en la lengua griega y transformado desde dentro palabras como logos, hypóstasis y parousía. En el Nican Mopohua, entra en una lengua capaz de pensar mediante el difrasismo, el ixiptla y el nahui ollin.

La verdad se hace carne en la lengua de quienes la reciben. La habita, aprende su respiración y comienza a hablar desde sus formas más profundas.

38. Las naciones que vienen

Levántate, resplandece, porque ha llegado tu luz.

La voz de Isaías habla a una Jerusalén herida y le ordena algo que, desde las ruinas, parece absurdo:

levántate.

Las naciones caminarán hacia tu luz.

El México de 1531 tampoco era una ciudad levantada. Apenas comenzaba a reconstruirse sobre las ruinas de Tenochtitlan. Todavía contaba muertos, aprendía otra lengua del poder y trataba de comprender qué mundo había terminado y cuál comenzaba.

Y sin embargo, desde el Tepeyac, la mirada se abre hacia algo mayor que la ciudad devastada.

Una ciudad puede recibir una herida sin convertirla en trono.

Puede recordar sin vivir únicamente de aquello que perdió.

Puede llegar a ser lugar de paso para otros.

Troya también ardió antes de convertirse en memoria fundadora.

Homero conservó la caída.

Virgilio siguió después al vencido que salió de las llamas llevando consigo a su padre, a su hijo y los dioses de la casa.

Eneas no salvó Troya.

Salvó aquello que todavía podía atravesar el incendio.

Una ciudad podía morir y, sin embargo, caminar fuera de sí misma.

Ésa es la promesa de Isaías:

las naciones vienen.

No llegan vacías.

Traen sus lenguas.

Sus preguntas.

Sus formas de ordenar el mundo.

Sus heridas.

Aquello que aprendieron a llamar sagrado.

Desde Sión llega la memoria de una ciudad hacia la cual caminan pueblos distintos llevando consigo su gloria.

Desde Kurukshetra llega otra imagen.

Arjuna ha detenido el carro entre dos ejércitos. Reconoce delante de sí rostros conocidos y deja caer el arco. Antes de preguntar cómo vencer, tiene que preguntar qué significa actuar cuando toda acción parece herir algo que ama.

La tradición que conservó aquella escena pertenece a otro mundo religioso.

No es Evangelio.

No necesita convertirse en Evangelio para que su pregunta conserve gravedad.

Desde China llega una tercera memoria:

el Mandato del Cielo.

El gobernante no posee para siempre aquello que recibió. La autoridad puede perderse cuando deja de servir, cuando el poder se confunde con propiedad y cuando el orden comienza a alimentarse de aquellos a quienes debía proteger.

Sión.

Kurukshetra.

El Mandato del Cielo.

Tres historias distintas.

Tres preguntas que no deben confundirse.

Las tres llegan hasta las puertas de la ciudad que desciende.

Pero ninguna ocupa el centro.

En el centro permanece el Cordero.

Eso basta.

La Ciudad no necesita declarar idénticas a las naciones para recibirlas.

Israel llega con la memoria de la alianza.

La India, con el carro detenido antes de la batalla.

China, con la antigua pregunta por la medida del gobernante.

Anáhuac, con el recuerdo de un sol que durante siglos pareció necesitar sangre.

No llegan terminadas.

Tampoco llegan sin nada que ofrecer.

Traen cantos.

Preguntas.

Cicatrices.

Y aquello que todavía deberá ser discernido.

Lo que ocurra cuando atraviesen las puertas no cabe de antemano en una fórmula.

Las puertas son muchas.

El centro es uno.

Por eso pueden permanecer abiertas.

39. La anunciación pendiente

El ángel entró donde estaba María.

Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo. María se turbó. El ángel le dijo: no temas. Vas a concebir y darás a luz un hijo. María preguntó: ¿cómo será esto? El ángel respondió. Y María dijo: he aquí la esclava del Señor. Hágase en mí conforme a tu palabra.

Y el ángel se fue.

Entre ese momento y el nacimiento en Belén: nueve meses.

Nadie habla de esos nueve meses en el Evangelio. El tiempo de la espera no tiene texto. La anunciación está registrada. El nacimiento está registrado. La espera no.

Guadalupe puede leerse como una Anunciación americana por correspondencia de forma: una presencia anuncia aquello que todavía no existe; un intermediario humilde lleva el mensaje; una señal confirma la palabra; una aceptación abre el tiempo de la espera.

La correspondencia conserva la distancia entre ambos acontecimientos. Precisamente por eso puede iluminarla.

México lleva cinco siglos dentro de esa gestación.

El anuncio ha tomado forma en lenguas, imágenes, ciudades, heridas y generaciones que todavía no comprenden por completo aquello que cargan. Como el tiempo silencioso entre Nazaret y Belén, esta espera carece de una crónica capaz de narrar cada movimiento interior.

La hora del nacimiento permanece oculta.

La anunciación, sin embargo, abrió un tiempo, y ese tiempo todavía trabaja dentro de la historia.

LIBRO IV: EPÍSTOLAS

DIATHĒKĒ + BASILEIA — Cartas a la Hispanidad, a la Iberofonía y al porvenir común

Estas cartas no fueron escritas desde un solo lugar.

Una cruzó el mar. Otra caminó por el desierto. Otra descendió hasta los muertos. Algunas llegaron tarde; otras todavía no encuentran destinatario.

La voz cambia de rostro al pronunciar cada nombre, pero no cambia de centro.

En todas pregunta lo mismo:

¿Qué harás con aquello que recibiste?

40. A los de México

De quien escribe esto a los que viven en México:

Gracia y paz.

Recibieron una lengua que cruzó el mar y regresó transformada. En sus bocas aprendió otras temperaturas, otros ritmos y nombres que nunca había pronunciado. El maíz recibió al trigo. El cacao recibió al azúcar. El barro recibió al hierro. Nada permaneció intacto.

También recibieron una herida.

No hagan de ella un trono.

La herida puede cerrarse alrededor de sí misma hasta convertir el dolor en identidad, o puede producir la sustancia con que se abren las puertas. La perla no niega aquello que la lastimó. Lo cubre lentamente hasta volverlo entrada de luz.

Guadalupe no pidió una fortaleza.

Pidió una casa.

La casa comienza donde alguien devuelve un nombre, abre espacio en la mesa y deja de preguntar si el hambriento merece el pan. Comienza donde la memoria deja de utilizarse como arma y se convierte en responsabilidad.

México recibió mucho.

La pregunta es qué hará con ello.

Tenochtitlan conoció un centro que recibía tributo.

La ciudad del Cordero imagina otro movimiento:

recibir para hacer circular la vida.

Entre ambas formas permanece todavía una distancia por recorrer.

41. A los del norte

A los del norte: los que están entre dos mundos y no terminan de pertenecer a ninguno.

Gracia y paz.

Ustedes ya viven en la frontera de la ciudad que viene. Habitan el umbral entre la lengua heredada y la lengua adoptada, entre la memoria del sur y la presión del norte que intenta volverla invisible.

Recuerden.

Desde la cárcel, Pablo escribió a los filipenses: nuestra ciudadanía está en los cielos. Esa ciudadanía permite habitar la ciudad terrena con la libertad de quien sabe que su identidad última excede a los gobiernos y a las fronteras.

El migrante que lleva a Guadalupe en el bolsillo al cruzar el desierto de Sonora lleva una promesa que ningún punto de revisión puede confiscar.

Su lugar está en el contacto, allí donde las dos lenguas se rozan, las lealtades se tensan y comienza a formarse algo que ninguna de las dos orillas habría producido por separado.

Caminar entre genealogías pesa. Puede convertirse también en una tarea: aprender a habitar el cruce sin desaparecer en él y sin exigir que una parte de la memoria destruya a la otra.

42. A los de España

A los de España:

Gracia y paz.

Les escribo desde una lengua que salió de sus puertos y volvió irreconocible.

Cruzó el mar acompañada por soldados, frailes, escribanos, comerciantes y cautivos. Llevó el Evangelio y la orden de obedecer; el libro y el hierro; la gramática y el decreto. Después entró en otras bocas y aprendió a decir chocolate, petate, canoa, maíz, huracán y jaguar.

La lengua regresó más grande que la tierra donde había nacido.

Ya no pertenece a una sola orilla.

En ella escribió Sor Juana. En ella declararon su memoria pueblos que no habían pedido recibirla. En ella rezaron quienes perdieron sus antiguos templos y quienes levantaron otros sobre las piedras vencidas.

Conserven abiertas las memorias contradictorias de aquella historia: la de quienes aprendieron otra lengua para escuchar y la de quienes destruyeron aquello que no comprendían; la traducción y el silencio impuesto; la misericordia y el poder que utilizó la Cruz como estandarte.

Ninguna de esas memorias necesita expulsar a la otra para ser verdadera.

Ningún hijo hereda personalmente los actos de sus muertos. Hereda, sin embargo, la responsabilidad de no mutilar su memoria.

La raíz no gobierna al árbol.

Lo sostiene desde abajo y recibe también de él una savia que nunca habría producido por sí sola.

Miren lo que creció al otro lado del océano.

No para reclamarlo.

Para reconocerlo.

43. A los indígenas

A los que guardan las lenguas:

Gracia y paz.

Mientras un niño pronuncie el agua con la palabra de sus abuelos, algo permanece fuera del alcance de la Conquista.

Las lenguas mayas, nahuas, zapotecas, mixtecas, otomíes y rarámuris no viven en las vitrinas. Viven en la orden dada al animal, en el nombre de una planta, en la conversación junto al fuego, en la palabra que una madre utiliza cuando el español todavía resulta demasiado lejano para consolar.

Debajo de la lengua oficial corren otras aguas.

A veces no aparecen en los mapas.

A veces la escuela las recibe como si fueran un error.

Pero el fundamento tampoco aparece desde la calle. Permanece bajo la casa y revela su fuerza cuando la tierra tiembla.

Si el Libro de la Vida guarda los nombres,

no hay razón para imaginar que deba mutilarlos antes de recibirlos.

Que entren completos.

Con la lengua en que una madre los pronunció por primera vez.

Guarden esas palabras.

Enséñenles a nombrar también la máquina, la medicina, la estrella y la ciudad futura. Una lengua no vive únicamente cuando recuerda el mundo perdido. Vive cuando puede pronunciar el mundo que viene.

La ciudad que desciende necesitará cada una de esas voces.

Sin ellas, sus puertas permanecerían incompletas.

44. A los negros de América

A quienes llegaron encadenados y fueron obligados a recibir otro nombre:

Gracia y paz.

Los barcos registraron cantidades.

Rara vez conservaron los rostros.

Llegaron desde costas distintas de África y fueron llevados a puertos, minas, haciendas, ingenios, cocinas y milicias. La historia nacional aprendió después a contarse como encuentro entre dos mundos, mientras una tercera presencia sostenía parte de la casa desde habitaciones que casi nadie nombraba.

Pero estaban allí.

En el trabajo.

En el ritmo.

En la comida.

En la palabra transformada.

En los cuerpos que resistieron a quienes habían intentado convertirlos únicamente en fuerza.

La ciudad que desciende no puede recibirlos únicamente como «tercera raíz», como si hubieran llegado después al fundamento.

Muchos nombres anteriores al barco se perdieron para nuestros archivos.

La esperanza cristiana se atreve a decir algo más:

para Dios no se perdieron.

El Cordero conoce aquello que el registro del amo no supo conservar.

Allí donde el archivo sólo dejó una cantidad, permanece un rostro.

45. A los mestizos

A los mestizos que somos:

Gracia y paz.

Nos tocó habitar el cruce.

En nuestros cuerpos se encuentran genealogías indígenas, europeas, africanas y asiáticas, unidas bajo relaciones que no fueron iguales ni voluntarias en todos los casos.

La mezcla ocurrió antes de que la reconciliación supiera pronunciar su nombre.

No recibimos pureza.

Recibimos una tarea: juzgar la herencia sin amputarla, recibir lo fecundo, nombrar lo destructivo y reparar cuanto todavía actúa sobre los vivos.

La sangre no transmite culpa moral, pero la historia deja consecuencias: lenguas avergonzadas, apellidos que abrieron puertas, memorias que aprendieron a

ocultarse y privilegios que parecen naturales porque comenzaron antes que nosotros.

La tarea no consiste en elegir al antepasado que ofrece la imagen más cómoda.

Pablo contempló dos pueblos separados por un muro y anunció un hombre nuevo. Aquel hombre no nació de la simple mezcla. Nació cuando la enemistad perdió el derecho de organizar las diferencias.

Habitar el cruce exige algo semejante.

Nuestra dignidad comienza cuando dejamos de utilizar una genealogía contra la otra y permitimos que todos nuestros nombres comparezcan en la misma casa.

Todavía no hemos llegado.

Pero ya sabemos que ninguna mitad puede salvarse destruyendo a la otra.

46. A la Hispanidad y a la Iberofonía de los pueblos

A los pueblos que heredaron el español y el portugués, y a los pueblos cuyas lenguas siguen respirando dentro de ellas:

Gracia y paz.

El océano fue distancia, camino, herida y sepultura.

Por sus aguas viajaron juntos materiales que la historia preferiría separar: el Evangelio y la espada, la imprenta y el grillete, el trigo y la pólvora, las imágenes de los santos y las órdenes que arrancaron nombres.

Todo llegó transformándose.

El español dejó de pertenecer únicamente a Castilla cuando comenzó a respirar en México, los Andes, el Caribe, el Río de la Plata, Filipinas y las costas de África.

El portugués volvió distinto desde Brasil, Angola, Mozambique, Cabo Verde, Goa y Timor.

Ninguna lengua cruza un océano y regresa sola.

Vuelve cargada de otras músicas, otras hambres y otras maneras de nombrar la muerte, la mesa y la casa.

España y Portugal son raíz, pero ninguna raíz contiene por adelantado todas las formas del árbol.

América, África y Asia recibieron aquellas lenguas, las quebraron, las mezclaron con otras y devolvieron algo que ninguna academia habría podido diseñar.

Una lengua común puede servir para dominar.

También puede aprender a escuchar.

Babel reunió una sola voz alrededor de una torre y del deseo de hacerse un nombre.

Pentecostés permitió que muchos oyeran sin entregar su lengua.

Allí está la medida.

Cuando una lengua poderosa obliga a otra a callar, Babel continúa.

Cuando aprende a traducir sin borrar, comienza otra cosa.

La memoria del océano permanece llena de tributos.

Oro, plata, azúcar y cuerpos viajaron hacia los centros del poder.

Aquellas rutas no pueden deshacerse, pero pueden aprender otra dirección.

Por donde salió riqueza pueden circular ahora conocimiento, archivos y cuidado.

Donde fueron borrados nombres puede comenzar una devolución de memoria.

Quien conserva documentos puede abrirlos a quienes quedaron fuera de ellos.

Quien heredó una lengua extendida puede utilizar su alcance para que una lengua amenazada sea escuchada más lejos.

Los pueblos no necesitan fundirse para sentarse juntos.

Cada uno llega con nombre propio.

Ninguno como dueño.

Todos como testigos.

Algún día el océano que llevó tributo puede convertirse también en camino de regreso.

Entonces las lenguas de Iberia reconocerán los muchos afluentes que hoy las mantienen vivas.

Los pueblos serán muchos.

Las lenguas serán muchas.

La mesa será una.

En su centro no habrá trono.

Habrá pan partido.

47. Al corazón de la ciudad

A ti, Ciudad de México:

Conozco tus obras.

Sobre una misma tierra levantaste el Templo, la Catedral, el Palacio, el mercado, el mural y la estación subterránea donde cada mañana descienden multitudes que jamás podrán mirarse todas a los ojos.

Debajo de tus calles permanece el lago.

Lo sabes porque te hundes.

Bebes del suelo que te sostiene y, mientras bebes, el suelo desciende. El agua expulsada regresa como sed, grieta, tubería rota y memoria de una cuenca que no ha dejado de reclamar su forma.

También conozco tu noche.

Los nombres que no regresan.

Los cuerpos que aparecen lejos de la mirada.

Las madres que aprenden el lenguaje de los expedientes porque nadie quiso aprender primero el nombre de sus hijos.

Los poderosos que contemplan tus luces desde arriba y confunden la altura con inocencia.

Pero conozco también aquello que no aparece en los informes.

La mujer que sirve un plato más porque alguien llegó sin avisar.

El médico que permanece cuando terminó su turno.

El vecino que abre la puerta durante el temblor.

La comunidad que guarda un nombre cuando el archivo lo pierde.

El joven que vuelve a casa acompañado para que otro no camine solo.

En esas acciones respiras de otra manera.

Cristo dijo: estoy a la puerta y llamo.

No llamó únicamente a los palacios.

Llamó a cada casa.

A cada hospital.

A cada estación.

A cada corazón que todavía puede abrirse.

La ciudad que viene no necesita esperar una señal visible sobre el cielo. Comienza cada vez que alguien responde de esa manera.

Ya ocurre en algunos lugares.

Desde la montaña se ven como pequeñas luces.

Juntas empiezan a dibujar otro corazón.

48. A quienes construirán el Arca

A quienes curan, calculan, siembran, escriben, programan, levantan casas y contemplan las estrellas preguntándose todavía para qué sirve cuanto el hombre aprende:

Gracia y paz.

No se turbe vuestro corazón.

Cristo habló de obras mayores.

No habló de reemplazar a Dios.

Habló de una vida capaz de prolongar el cuidado: ojos que vuelven a ver, cuerpos que recuperan movimiento, agua que alcanza lugares donde la sed parecía destino y distancias atravesadas sin convertir al extranjero en enemigo.

Toda técnica vuelve a hacer una pregunta antigua:

¿a quién sirve?

Toda ciencia que sirve a la vida participa del cuidado.

Toda técnica que utiliza al hombre como combustible vuelve a levantar el altar antiguo.

Mucho antes del laboratorio, los hombres ya habían aprendido a mirar la naturaleza sin conformarse con el miedo.

Lucrecio contempló un mundo compuesto de materia, movimiento y regularidades. Quiso liberar la inteligencia del terror que atribuye cada relámpago, enfermedad o desgracia al capricho de poderes invisibles.

Aristóteles miró desde otra orilla.

Preguntó por la materia y la forma, por aquello que existe en potencia y aquello que llega al acto, por las causas que permiten comprender por qué una cosa cambia y qué clase de cosa llega a ser.

No dicen lo mismo, y por eso alumbran lugares distintos.

El Arca necesitará ambas lámparas:

la sobriedad que busca causas sin alimentar supersticiones,

y la inteligencia capaz de distinguir materia, forma, potencia, acto y fin.

Comprender cómo ocurre algo no vacía el mundo de misterio.

Impide solamente que la ignorancia tenga que disfrazarse de profundidad.

La técnica lleva siempre una posibilidad doble.

La mano que fabrica el instrumento puede abrir la tierra para sembrar o abrirla para enterrar al hermano.

La misma inteligencia que aprende a dividir el átomo puede iluminar una ciudad o fabricar el fuego que la destruya. La que conoce el cuerpo puede devolver movimiento a una pierna o perfeccionar la forma de herirla.

La técnica multiplica la fuerza de la mano.

No decide hacia dónde debe moverse.

Necesita un corazón que responda por aquello que hace.

Desde Caín, cada herramienta pregunta por el corazón que la sostiene.

Una antigua tradición atribuida a Enoc llevó esa sospecha todavía más lejos. Cuenta que ciertos Vigilantes descendieron y pusieron en manos humanas saberes capaces de aumentar su poder antes de que hubieran aprendido a medirlo: el metal trabajado hasta convertirse en arma, el ornamento vuelto instrumento de seducción, los signos del cielo convertidos en conocimiento.

Algo se había adelantado.

La mano sabía hacer más de lo que el corazón sabía gobernar.

Desde entonces, toda técnica vuelve a encontrarse ante esa desproporción. El conocimiento amplía el alcance de la mano; no forma por sí solo a quien decide hacia dónde extenderla.

Y la pregunta permanece:

¿ha crecido el hombre a la altura de aquello que ya sabe hacer?

Por eso una civilización puede dominar energía, cálculo y materia y continuar siendo incapaz de repartir agua, proteger al débil o recordar a sus muertos.

Puede llegar hasta otra estrella

llevando consigo el mismo altar.

No habrá avanzado tanto como imagina.

Noé construyó un arca para conservar la vida.

En el desierto, Israel construyó otra para custodiar la Alianza.

Una recibió criaturas.

La otra guardó los signos de una Presencia.

El Arca que todavía necesitamos tendrá que aprender de ambas.

Será nave y santuario.

Archivo y jardín.

Laboratorio y casa.

Guardará semillas,

lenguas,

remedios,

ecuaciones,

relatos,

animales,

música

y aquello cuya utilidad todavía ignoramos.

Porque una civilización que conserva únicamente lo rentable termina descubriendo demasiado tarde cuánto había dejado morir.

Las ciencias construirán el casco.

Las artes impedirán que se vuelva prisión.

Las ciencias puede prolongar la vida; Las artes recuerdan por qué merece ser vivida.

Cervantes puso a caminar juntos a un hombre que veía gigantes y a otro que sabía reconocer molinos.

Ninguno bastaba por separado.

La imaginación sin juicio puede sacrificar cuerpos reales a una visión equivocada.

El juicio sin imaginación termina aceptando el mundo como si ya estuviera terminado.

El Arca necesitará ambos ojos:

uno para reconocer lo que existe;

otro para contemplar lo que todavía puede llegar a ser.

El poder técnico encuentra su medida cuando amplía las condiciones de una vida digna: cuando disminuye el dolor evitable, devuelve capacidades perdidas, protege lo vivo y se niega a comprar el futuro con cuerpos ajenos.

Ésa será la obra mayor.

Entonces el Arca deja de parecer una máquina.

Se vuelve una casa con muchas moradas.

Un jardín atravesando la noche.

Un archivo donde ningún nombre sea reducido a número.

Una nave cuyo centro no sea la sala de mando,

sino una mesa.

Sobre ella habrá pan partido.

Alrededor de ella se sentarán

el científico,

el artista,

el enfermo,

el niño,

el extranjero

y quienes todavía no han nacido.

En medio,

el Cordero.

La lluvia no tiene que haber comenzado.

El Arca se prepara antes.

Ahora.

49. A los franciscanos de hoy

A los que aprenden la lengua del otro antes de hablar:

Esta carta alcanza también a quienes practican hoy esa vocación sin conocer el nombre de la tradición a la que pertenecen.

Al médico que aprende tzeltal para escuchar el dolor en la lengua del paciente. Al lingüista que registra las últimas conversaciones de una lengua amenazada. Al catequista que permite que una parábola encuentre otra respiración al entrar en el mixteco.

Sahagún ejerció una forma compleja de esa escucha hace casi cinco siglos. Su obra conserva con una amplitud extraordinaria voces, lenguas y conocimientos de un mundo que al mismo tiempo juzgaba desde categorías cristianas y misioneras.

Esa tensión permanece entre nosotros.

La dirección conserva su fuerza: escuchar antes de hablar, aprender antes de enseñar y entrar en la lengua del otro antes de pedirle que entre en la propia.

Ese movimiento —salir de uno mismo y entrar verdaderamente en la lengua del otro— recuerda el movimiento del Logos en Juan 1.

No permaneció a distancia.

Vino.

Habitó entre nosotros.

50. A los muertos

A los muertos de México:

Hablo hacia donde ya no llega respuesta.

Tal vez la palabra sólo transforme a quienes permanecemos vivos.

Aun así, debe ser pronunciada.

Ezequiel habló a huesos que no podían responder.

El profeta recibió la orden de dirigir la palabra precisamente hacia aquello que parecía haber perdido toda voz.

Muertos del Templo Mayor, de la Conquista, de las minas, de las guerras, de Ayotzinapa, de Juárez y de todas las ciudades donde un cuerpo desaparece antes de que el registro aprenda su nombre:

La resurrección afirma que la muerte pierde su condición de última palabra. Lo destruido puede ser restaurado. Los nombres borrados por los archivos humanos permanecen escritos en otro libro.

Ese registro permanece.

51. A los desaparecidos

A los desaparecidos:

Sus nombres están en el Libro de la Vida.

El Cordero los sabe.

Maranatha.

52. A los que odian a México

A quienes esperan que México termine de destruirse:

Gracia y paz.

Jonás salió de Nínive y se sentó al oriente de la ciudad.

Quería contemplar el fuego.

Levantó una enramada y esperó a que su profecía se cumpliera sobre los techos. Dios hizo crecer una planta para darle sombra. Después envió un gusano, y la planta murió.

Jonás lamentó la sombra perdida.

No había llorado de la misma manera por la ciudad.

Entonces Dios le preguntó si no debía tener piedad de Nínive, donde una multitud no sabía distinguir entre su mano derecha y su izquierda.

México ofrece razones suficientes para el juicio.

La sangre.

La impunidad.

Las fosas.

La autoridad convertida en botín.

El desprecio aprendido hasta parecer costumbre.

El diagnóstico puede ser verdadero y el deseo de destrucción seguir siendo injusto.

Quien sólo odia se sienta fuera de la ciudad y espera el fuego.

Quien ama desciende de la colina.

Busca agua.

Abre el expediente.

Nombra al muerto.

Retira una piedra.

El odio sabe describir las ruinas.

No sabe levantar una casa.

53. A los que aman a México con orgullo falso

A quienes pronuncian el nombre de México como si pronunciarlo bastara:

Gracia y paz.

La patria puede convertirse en espejo.

Entonces el que la contempla ya no mira la tierra, los pueblos ni los muertos. Busca únicamente una imagen engrandecida de sí mismo.

El orgullo enciende incienso delante de esa imagen.

Dice: somos espirituales.

Dice: somos hijos de los aztecas.

Dice: tenemos a Guadalupe.

Dice: ningún extranjero puede juzgarnos.

Mientras habla, el agua se vende, el cuerpo desaparece, la lengua indígena es castigada en la escuela y el poderoso vuelve a preguntar cuánto cuesta el silencio.

Miqueas vio a los gobernantes edificar Sión con sangre y escuchó que todavía decían:

¿No está el Señor entre nosotros?

La presencia sagrada no vuelve inocente a una ciudad.

La vuelve responsable.

Guadalupe no cubre la herida para impedir que se vea.

Permanece junto a ella.

Amar a México exige soportar su rostro completo: la belleza y la fosa, la mesa y el hambre, la procesión y el expediente abandonado, el canto y la madre que busca.

El amor que sólo elogia necesita una bandera.

El amor verdadero necesita valor.

La patria no requiere aduladores.

Requiere testigos.

54. A los que vendrán después

A los que vendrán después de nosotros:

Gracia y paz.

No sé desde qué año nos miran.

Quizá para ustedes sean evidentes cosas que nosotros apenas alcanzamos a sospechar. Tal vez la Ciudad haya descendido un poco más. Tal vez algunas promesas hayan adquirido cuerpo y algunos temores, un nombre que todavía ignoramos.

Ustedes pueden mirar desde más lejos.

No confundan esa distancia con inocencia.

También su tiempo tendrá puntos ciegos.

Jeremías mandó atar una piedra a un rollo y arrojarlo al Éufrates. El rollo descendió al agua como señal de la caída de Babilonia.

Babilonia cayó.

La palabra encontró otra orilla.

Nosotros también dejamos algo en el agua:

una medida,

una advertencia,

una esperanza.

Quizá les llegue mojada.

Incompleta.

Sostenida por manos que no conocerán.

Corrijan sus medidas donde el tiempo haya mostrado el error.

Retiren aquello que resulte falso.

Añadan las habitaciones que nosotros no pudimos imaginar.

No conserven una equivocación por reverencia a los muertos.

Tampoco derriben una puerta sólo porque fue abierta antes de que ustedes llegaran.

La Ciudad cambiará de manos.

Aquello que la sostiene nos precede a todos.

LIBRO V: SALMOS

SOPHIA — Cantos desde el umbral

55. Salmo de Aztlán

¿Cómo cantaremos en tierra propia vuelta extraña?

Aztlán ya no existe o existe en otro lugar o existe en el lugar incorrecto de la memoria: demasiado dorado, demasiado limpio, demasiado lejos de la realidad de lo que era cuando se vivía en él.

El que camina en el desierto hacia el lago prometido recuerda la comida de Aztlán. La memoria la ha vuelto más abundante, más sabrosa, quizá también más generosa de lo que alguna vez fue. El lago que no se veía todavía. Los árboles cuyos nombres ya no se dicen.

Señor: no nos pidas que cantemos en el camino. Todavía no hemos llegado. Todavía cargamos los muertos que no pudimos dejar porque pesaban demasiado para olvidar y no lo suficiente para mantenernos quietos.

Pero canta tú. Canta desde adelante del camino. Canta desde el lugar al que vamos para que el sonido nos diga que hay un lugar al que vamos.

Aquí. Ahora. En el polvo del desierto entre lo que fue Aztlán y lo que todavía no es el lago.

Canta tú. Nosotros escuchamos.

56. Salmo del Templo Mayor

¡Cuán amadas eran tus piedras!

Por la mañana, el sol alcanzaba primero las dos capillas de la cima:

Tláloc y Huitzilopochtli,

lluvia y guerra,

agua y fuego sobre una misma altura.

Las piedras permanecen.

Algunas debajo del pavimento.

Otras incorporadas a construcciones posteriores.

Otras expuestas nuevamente al cielo después de siglos de oscuridad.

Señor que no cabes en templo alguno:

mira estas piedras.

Conocieron una ciudad donde la deuda regresaba con cada amanecer.

Después, parte de la materia de aquella ciudad vencida entró en otras construcciones, otras calles y otro mundo religioso.

Los cultos no eran el mismo.

La piedra pudo cambiar de oficio.

También yo estoy hecho de materiales anteriores.

Llevo huellas de aquello que fui,

heridas de aquello que heredé

y formas que todavía deben ser juzgadas.

Toma lo que pueda servir.

Purifica lo que no.

Y enséñame a permanecer

sin exigir que mi pasado sea borrado

para poder ser transformado.

57. Salmo de la Conquista

¿Por qué?

Hay preguntas que ninguna explicación alcanza a agotar.

Aun así deben pronunciarse.

¿Por qué el 13 de agosto de 1521?

¿Por qué la enfermedad llegó antes que muchas espadas?

¿Por qué cayó con tanta rapidez aquello que había tardado generaciones en levantarse?

¿Por qué Tlatelolco otra vez?

¿Por qué el 68?

¿Por qué los cuarenta y tres?

Hay guerras que terminan en los archivos y continúan hablando desde la tierra.

En México el fuego rara vez concluye cuando deja de verse.

Permanece en los nombres,

en los caminos

y en la voz de quienes aprendieron a contar desde las cenizas.

Nos has cubierto con sombra de muerte.

Despierta.

¿Por qué duermes, Señor?

Levántate.

No nos rechaces para siempre.

La plegaria no interrumpe el dolor para explicarlo.

Lo lleva hasta Dios.

Gritamos.

Desde la caída de Tenochtitlan hasta hoy.

Desde Tlatelolco hasta las fosas.

Despierta, si duermes.

Levántate, si reposas.

Nosotros ya no podemos reposar.

58. Salmo del mestizo

De Sión se dirá:

éste y aquél nacieron en ella.

Yo nací en más de una memoria.

Ninguna me contiene por completo.

Ninguna desaparece porque habite también las otras.

Egipto.

Babilonia.

Filistea.

Tiro.

Etiopía.

Hasta los nombres llegados desde lejos podían ser inscritos entre quienes pertenecían a la ciudad santa.

Aquí también.

El que sueña en una lengua,

reza en otra

y recuerda palabras que llegaron desde varias orillas

no necesita amputarse para recibir un nombre.

No como mezcla accidental.

Como alguien capaz de cargar más de una memoria sin utilizar una contra la otra.

El Señor ama las puertas de Sión.

Quizá porque la puerta nunca pertenece enteramente al afuera ni al adentro.

Recibe el viento de ambos lados.

Sobre ella descansan las manos de quienes entran y de quienes parten.

Habitar ese umbral expone a la intemperie.

Puede encontrarse una casa.

Puede encontrarse todavía un campo de batalla.

Por eso pedimos:

que nadie tenga que destruir una mitad de su memoria

para poder entrar.

59. Salmo del agua perdida

Hay un río cuyas corrientes alegran la ciudad de Dios.

En el Valle de México

esa promesa todavía duele.

Aquí hubo lagos.

Canales.

Manantiales.

Chinampas.

Agua alrededor de la ciudad.

Durante siglos,

el desagüe, la expansión

y la extracción

transformaron la cuenca

hasta hacer de la abundancia

una forma extraña de sed.

Señor de las aguas:

debajo de nuestras calles

permanece otra geografía.

La cuenca no ha olvidado

que alguna vez recibió el agua

de otra manera.

Bebemos de un subsuelo

que también sostiene nuestras casas.

Mientras extraemos,

la tierra cede.

Mientras buscamos más agua,

algo debajo desciende.

La deuda no es mística.

Es material.

Recibimos de un sistema

que puede agotarse.

Vivimos sobre aquello

que modificamos.

Devolver lugar al agua

no significa reconstruir

un pasado imposible.

Significa aprender nuevamente

sus límites.

Dejar que infiltre.

Cuidar aquello que todavía

alimenta la cuenca.

No convertir cada superficie

en piedra.

No llamar desperdicio

al agua que necesita

quedarse en la tierra.

Hay un río cuyas corrientes

alegran la ciudad de Dios.

Todavía no corre así

entre nosotros.

Pero conocemos la sed.

Quizá ése sea

el primer conocimiento necesario.

60. Salmo de Guadalupe

Tú, morena.

Tú, la del manto azul verde

donde generaciones han levantado los ojos

buscando estrellas,

signos

y memoria.

Mi alma llega cansada.

Ha bebido de muchas fuentes

y todavía conserva sed.

Ezequiel vio crecer un agua

que salía del umbral

hasta convertirse en río.

Juan la contempló después

brotando del trono de Dios y del Cordero.

Hacia esa agua vuelvo los ojos.

Tú no pides sangre.

Pides una casa.

Le preguntas a Juan Diego:

¿Acaso no estoy aquí yo, que soy tu madre?

Y yo tampoco sé del todo qué responder.

No sé si soy suficiente para lo que viene.

No sé si la ciudad ya comenzó a descender

o si todavía permanece en los meses silenciosos de la espera.

No sé si me parezco más al mensajero

o al que necesita una señal antes de creer.

Pero estoy aquí.

Tú permaneces como signo.

Yo permanezco preguntando.

Entre ambas cosas queda todavía un espacio:

el lugar donde una respuesta puede comenzar.

61. Salmo de los desaparecidos

Dios mío, Dios mío, ¿por qué?

Cristo lo dijo en la Cruz:

Elí, Elí, ¿lama sabactani?

La oración comenzó en abandono

y no tuvo vergüenza de pronunciarlo.

Los desaparecidos de México

están más allá del grito.

En el silencio

de quienes ya no pueden hablar

y cuyas madres

continúan hablando por ellos.

Señor:

escucha el grito que no se oye.

Tú escuchaste al que colgaba de la Cruz.

No interrumpiste su dolor

con un rescate espectacular.

Dejaste que la noche

llegara hasta el fondo.

¿Por qué el silencio

de los desaparecidos

tiene que ser tan largo?

No tengo respuesta.

Tengo nombres.

Tengo madres que esperan.

Fotografías que envejecen

sin que envejezca el rostro

de quien aparece en ellas.

Habitaciones donde todavía

se guarda una camisa.

Teléfonos que nadie quiere cambiar

por si algún día llaman.

Expedientes.

Caminos.

Tierra removida.

La esperanza no me concede

el derecho de cerrar esa herida.

Sólo me impide llamar definitivo

al silencio.

Porque Tú no desprecias

la aflicción del afligido.

No escondes para siempre tu rostro

del que clama.

Por eso clamamos todavía.

Por el que falta.

Por quien busca.

Por el nombre que debe volver.

Por la verdad que todavía

permanece bajo tierra.

Escucha.

Aunque nosotros

no escuchemos todavía la respuesta.

Escucha.

Y no permitas

que el silencio tenga

la última palabra.

62. Salmo de la ciudad nueva

¡Qué alegría cuando me dijeron:

vamos!

Todavía no hemos llegado.

La alegría comenzó antes que la llegada,

cuando descubrimos que existe un lugar

hacia el cual dirigir los pasos.

Y, sin embargo,

la Ciudad hace el movimiento contrario:

nosotros caminamos hacia ella

mientras ella desciende hacia nosotros.

A veces apenas alcanza a verse.

Una persona sirve

sin apropiarse de aquello que sostiene.

Una comunidad sobrevive

a quien la inició.

En una mesa,

alguien corre su plato

para que coma el que llegó sin aviso.

Allí la forma comienza a reconocerse.

Paz para Jerusalén.

Paz también para la Ciudad de México:

que el agua encuentre nuevamente lugar,

que los nombres regresen a quienes esperan,

que el suelo deje de hundirse bajo nuestros pies

y que el aire permita mirar con claridad hacia las montañas.

Paz para aquello

que todavía no existe por completo

pero ya deja señales.

Nosotros caminamos.

Ella desciende.

Vamos hacia allá.

63. Salmo del siervo

Señor:

mi corazón no es soberbio.

Quiero preparar

aquello que otra generación

habrá de levantar.

David reunió materiales

para un Templo

que otro construiría después de su muerte.

Preparó

sin terminar.

Reunió

sin poseer.

Hay tareas que consisten precisamente en eso:

dejar una piedra en el lugar correcto

y permitir que otras manos continúen.

Soy como el niño destetado

en el regazo de su madre:

callada es mi alma.

Callada porque conoce su medida

y ya no confunde la pequeñez

con la inutilidad.

Israel,

espera en el Señor

desde ahora y para siempre.

México,

espera en el Señor

desde ahora y para siempre.

Y yo,

sin saber si llegaré a ver

cumplida la promesa,

espero también.

No necesito contemplar terminado

aquello que me corresponde preparar.

64. Salmo de la sed

Como el ciervo busca las corrientes de agua,

así mi alma te busca.

La sed que no puede callarse.

También la sed del cuerpo:

la de una ciudad levantada sobre una antigua cuenca

que todavía aprende a beber

sin vaciar el suelo que la sostiene.

Pero debajo de ésa

hay otra sed.

La sed de que lo prometido llegue.

De que los desaparecidos vuelvan

o de que, al menos,

sus nombres vuelvan.

La sed de que la herida

no permanezca únicamente herida.

De que la serpiente antigua sea vencida

y el águila aprenda a entregar su fuerza al Cordero.

Mi alma tiene sed de Dios,

del Dios vivo.

¿Cuándo vendré

a presentarme delante de Dios?

Mientras tanto,

profundidad llama a profundidad.

El lago perdido

llama al río prometido.

La sed llama al agua

que todavía no vemos.

¿Por qué te abates,

alma mía?

Espera en Dios.

Aún he de alabarle.

Él es la salvación de mi rostro

y mi Dios.

LIBRO VI: VISIONES

ESCHATON — El Apocalipsis del Valle de México

65. La montaña alta

Desde la cima del Popocatépetl se ve todo al mismo tiempo.

En la realidad cotidiana, el cráter activo expulsa gases y la zona de exclusión impide el ascenso. En la visión —ese modo de ver que los profetas conocen—, la cima permite contemplarlo todo al mismo tiempo.

El lago que fue: las aguas que cubrían el Valle hasta el pie de las sierras de Ajusco y del Chichinautzin. Los islotes donde los mexicas construyeron sus primeras casas. El espejo de agua que en ciertas tardes de invierno, cuando el cielo se despejaba, reflejaba los dos volcanes tan perfectamente que parecían dos volcanes nacidos debajo del agua y dos volcanes encima.

La ciudad que es: millones de personas extendidas sobre la antigua cuenca; el Periférico, el Metro y una red de transporte que cada día mueve multitudes. Roma, Coyoacán, Tepito y Neza: formas distintas de habitar el mismo fondo lacustre y de caminar sobre la memoria de un lago que casi nadie recuerda.

La ciudad que será: invisible desde aquí, pero presente en el horizonte con la misma insistencia con que los volcanes están presentes en el horizonte de la ciudad actual. La ciudad que no ha llegado del todo pero que ya ha empezado.

Desde la cima, el tiempo pierde la fila en que los hombres lo ordenan. Los profetas contemplan superpuestos el origen, la herida y el cumplimiento.

El que fue, el que es y el que ha de venir aparece como una sola presencia. El ojo humano distribuye esa plenitud entre pasado, presente y futuro porque sólo así puede soportarla.

Desde aquí arriba sí puede.

Subir no es alejarse. Subir es ver la distancia entre lo que es y lo que puede ser, que desde abajo parece infinita y desde arriba parece un paso.

66. La ciudad que desciende

La ciudad no cayó.

Descendió. Hay una diferencia entre caer y descender. Lo que cae lo hace sin control, destruyendo lo que toca. Lo que desciende lo hace con propósito, tomando la forma del lugar que recibe.

Y descendió primero en una persona.

Descendió en un alma hecha por muchas edades. En ella se encontraron, sin confundirse, la memoria indígena de la tierra, la lengua hispana, la medida griega del Logos, la forma latina de la ciudad y la imaginación barroca que sabe levantar una bóveda sobre fuerzas contrarias.

No era una suma de herencias. Era una arquitectura interior sometida al juicio del Cordero: un alma capaz de recibir otras almas sin borrarlas.

México no era todavía la Ciudad. Era uno de sus talleres. Una herida histórica donde la forma de la Nueva Jerusalén podía comenzar a hacerse visible.

Alguien —su nombre puede permanecer oculto; la forma basta— comprendió en algún momento que Cristo debía descender desde los murales, las procesiones y los argumentos hasta el lugar donde una vida toca a otra.

El Cristo que lava pies.

El Cristo que llama servidor al mayor.

El Cristo que interrumpe su camino para atender a quien apenas alcanza el borde de su manto.

Aquella comprensión modificó primero el trato con las personas cercanas. Después cambió la casa. La casa recibió visitantes. Apareció una mesa. La mesa se volvió comunidad. Y la comunidad sobrevivió a quien la había iniciado.

Ésa fue la prueba: la obra había dejado de depender del nombre del fundador.

Así desciende la ciudad.

Como grano de trigo.

Como levadura escondida.

Como un latido tan ordinario que casi todos lo confunden con la vida de siempre.

67. Las puertas de Tenochtitlan nueva

Las cuatro calzadas de Tenochtitlan apuntaban a los cuatro puntos cardinales.

La del norte hacia Tepeyac. La del sur hacia Iztapalapa. La del oriente hacia Texcoco. La del poniente hacia Tlacopan.

Por esas calzadas entraban los que venían de fuera. Por esas calzadas salían los que iban. En los extremos de las calzadas había puntos de control: garitas donde los tributarios presentaban lo que traían. La ciudad regulaba quién entraba y con qué.

Las puertas de la Nueva Jerusalén son doce. Tres al norte, tres al sur, tres al oriente, tres al poniente. Llevan los nombres de las doce tribus de Israel. No se cierran de día. Y de noche tampoco, porque allí no hay noche.

Las puertas no regulan quién entra para cobrar tributo. Las puertas están para que nadie que pertenezca a la ciudad quede afuera.

Sobre el Valle de México, las puertas llevarían otros nombres también:

Chalca.

Texcocano.

Mexica.

Tlaxcalteca.

Maya.

Zapoteca.

Mixteca.

Totonaca.

Otomí.

Purépecha.

Rarámuri.

Nahua.

Doce nombres sobre doce puertas.

No porque esos doce agoten a los pueblos de esta tierra. Ninguna lista podría hacerlo.

Están allí como doce maneras de decir muchos.

Los que estuvieron.

Los que permanecen.

Los que fueron obligados a cambiar de nombre para seguir vivos.

La Ciudad no los recibe como piezas de museo.

Los recibe entrando.

68. Los nombres en las puertas

Los doce fundamentos de la ciudad llevan los nombres de los doce apóstoles.

Doce hombres comunes que entendieron algo y que ese algo los cambió y que ese cambio se propagó de una forma que ninguno de ellos pudo haber calculado.

Pedro, que negó tres veces. Tomás, que no creyó hasta poner el dedo en las llagas. Mateo, que era cobrador de impuestos para Roma —el equivalente moral, en ese contexto, a trabajar para el ocupante. Juan, que en la Cruz recibió a la madre del que moría como si fuera su propia madre.

Esos son los fundamentos:

Pedro, restaurado después de negar.

Tomás, llevado desde la duda hasta la herida.

Mateo, arrancado al oficio del ocupante.

Juan, recibiendo como madre propia a la madre del crucificado.

En el pórtico del Templo de Salomón había dos columnas que no necesitaban sostener el techo para sostener un significado.

Tenían nombre.

Jaquín.

Boaz.

Jaquín: Él establecerá.

Boaz: en Él está la fuerza.

Siglos después, Cristo habló otra vez de una columna.

«Al que venciere, yo lo haré columna en el templo de mi Dios».

Y añadió:

«Escribiré sobre él el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén».

La columna recibe el nombre de la Ciudad.

Las Escrituras no dicen que aquel vencedor sea Jaquín ni llaman Boaz a Cristo.

La correspondencia no pretende completar aquello que la Escritura calla. Aproxima dos imágenes para observar la forma que comparten.

Las dos columnas vuelven entonces a abrirse.

Boaz queda del lado del Cordero:

la fuerza que no necesita devorar para sostener.

Jaquín queda del lado del vencedor:

el hombre establecido después de haber sido probado.

No es la Ciudad.

Lleva su nombre.

No es el Templo.

Ha sido hecho columna.

No ocupa el lugar de Cristo.

Permanece porque Cristo lo sostuvo.

Boaz: la fuerza.

Jaquín: lo establecido.

Y entre ambos ya no hay una puerta cerrada.

La Ciudad está descendiendo.

La ciudad descansa sobre hombres probados, quebrados y restaurados. Un fundamento que atravesó la caída conoce el peso que puede sostener.

También los cimientos de México están hechos de civilizaciones caídas, lenguas llevadas al borde del silencio y pueblos dispersados que todavía permanecen.

Jaspe. Zafiro. Calcedonia. Esmeralda. Sardónica. Sardio. Crisólito. Berilo. Topacio. Crisopraso. Jacinto. Amatista.

Doce piedras.

Doce colores de la resistencia.

Doce formas de aquello que fue golpeado y no cedió.

69. El río que sale del Zócalo

El río salía del trono.

Ezequiel lo midió en el río que salía del templo: primero hasta los tobillos, luego hasta las rodillas, luego hasta los lomos. Y el ángel dijo: hijo de hombre, ¿has visto esto? Y me llevó de regreso a la orilla del río. Y cuando volví, vi que en la orilla del río había muchísimos árboles a uno y otro lado.

El Zócalo de la Ciudad de México fue el centro de Tenochtitlan. Fue el asiento del Virreinato —en el Palacio de Gobierno construido sobre el palacio de Moctezuma. Fue la plaza de la República —la bandera, los presidentes, las celebraciones del grito y las manifestaciones del primero de mayo.

El centro del poder. El lugar donde el poder ha vivido y ha exigido durante quinientos años.

El río que sale del trono del Cordero no sale del trono del poder. Sale del trono del que lavó pies. Del que no vino a ser servido sino a servir. Del que dijo el que quiera ser grande entre vosotros sea vuestro siervo.

Si el Zócalo se convirtiera en el centro de ese otro tipo de poder —el poder que distribuye en lugar de acumular, el que sana en lugar de cobrar— el río comenzaría a fluir.

Las aguas del lago Texcoco que están debajo del asfalto del Centro Histórico todavía recuerdan el camino hacia el mar. Todavía saben adónde irían si las dejaran.

El río de la ciudad que viene les enseñaría a fluir de nuevo.

70. El árbol de vida sobre el nopal

El nopal nació de una herida.

La tradición cuenta que Copil, hijo de Malinalxóchitl, fue vencido y que su corazón fue arrojado entre los carrizales del lago. Allí habría brotado el nopal sobre el cual se posó el águila.

La Ciudad de México guarda en su fundamento un corazón arrojado. El mito enlaza herida, raíz y fundación: la ciudad levanta sus piedras allí donde un corazón arrancado entra en la tierra y produce vida.

El nopal no creció sobre suelo intacto. Creció, en la memoria del relato, sobre aquello que había sido herido.

El árbol de vida del Apocalipsis 22 está en el centro de la ciudad que viene. Produce fruto cada mes. Sus hojas sanan a las naciones.

El nopal también produce fruto. La tuna. Roja o blanca o amarilla. El nopal en el desierto y en las laderas de los cerros y en los patios de las casas del campo. El nopal que da de comer donde nada más da de comer.

El nopal transfigurado no es el árbol alimentado por los corazones sacrificados. Es el árbol que da sin exigir. El árbol que nació de una herida y que convirtió esa herida en raíz.

La herida no desaparece en el nopal transfigurado. Sigue siendo su raíz. La perla no olvida que fue herida: la herida es lo que la hace perla. El nopal no olvida que nació de un corazón arrojado: ese origen es lo que lo hace árbol de vida y no árbol ornamental.

La ciudad que viene se construye sobre corazones que fueron arrojados. Y los devuelve como fruto.

71. El libro de los vivos

El Libro de la Vida guarda nombres.

Las categorías cuentan multitudes. Las cifras reúnen el dolor bajo una misma cantidad. El Libro devuelve a cada muerto su rostro.

Nombres.

Nombres completos. Con su genealogía y su lengua y la hora en que nacieron y el lugar y el nombre que sus padres eligieron para ellos y el apodo que les pusieron en la escuela y el nombre que eligieron para sí mismos cuando fueron suficientemente grandes para elegir.

El nombre del normalista de Ayotzinapa que quería ser maestro rural en Guerrero y cuya madre lleva diez años preguntando dónde está.

El nombre de la mujer de Juárez cuyo caso fue archivado porque el expediente se perdió en el traslado de una oficina a otra.

El nombre del indígena que murió en la mina de plata de Zacatecas en 1580 y cuyo registro no existe en ningún archivo de la conquista porque los archivistas de la conquista no siempre registraban los nombres de los muertos si eran indígenas.

El nombre del esclavizado africano que fue bautizado con un nombre español y cuyo nombre africano ya nadie recuerda.

El Libro los tiene a todos.

Aquí la esperanza afirma algo radical: la ciudad final jamás se construirá sobre el olvido de quienes pagaron su construcción. La cuenta permanecerá abierta hasta que entren también aquellos a quienes la historia nunca contó.

La ciudad final es más grande de lo que cualquier ciudad humana ha sido porque incluye a todos los que las ciudades humanas excluyeron.

72. La noche que no llega

No habrá allí noche alguna.

El Apocalipsis dice eso de la ciudad final. No habrá noche. No habrá necesidad de lámpara ni de luz del sol porque el Señor Dios los iluminará.

En el Valle de México la noche tiene nombre de impunidad.

La noche es cuando los cuerpos aparecen en las cunetas de las carreteras. La noche es cuando los jóvenes desaparecen de las esquinas de los barrios populares. La noche es cuando las mujeres tienen miedo de caminar. La noche es cuando la ciudad que de día parece manejar su violencia muestra que en realidad sólo la administra de día.

La iluminación pública protege las calles, pero la noche del Apocalipsis termina en una profundidad distinta.

Comienza a retirarse cuando la justicia devuelve un nombre, cuando el agua limpia alcanza los barrios sedientos, cuando una mujer puede cruzar la ciudad sin temor y cuando la autoridad abandona el tributo para aprender el servicio.

Esa luz nace dentro de la ciudad.

El Cordero ocupa el lugar del poder y, desde el centro, convierte la justicia en resplandor.

Zacarías 14:7: será un día único, conocido sólo del Señor, que no tendrá ni día ni noche, sino que hacia la tarde habrá luz.

Hacia la tarde habrá luz. En el momento en que todo parece oscurecer: ahí precisamente es cuando la luz del Cordero empieza a hacerse visible.

El Valle de México está en la tarde larga. La luz viene.

LIBRO VII: CONSUMACIÓN

ESCHATON — Tetelestai: el principio del fin

73. Lo que aún no ha bajado

Lo que todavía no ha bajado puede reconocerse por su ausencia.

Faltan nombres por devolver. Mientras una familia siga recibiendo un expediente cuando pregunta por una persona, la ciudad permanece incompleta. A veces la justicia sólo alcanzará a entregar un hueso. A veces, la certeza de lo ocurrido. También eso devuelve un lugar entre los vivos.

Falta agua que llegue sin vaciar el suelo que la sostiene. El lago no volverá por decreto a la forma que tuvo, pero la cuenca todavía puede aprender otra vez a recibir, infiltrar, guardar y repartir.

Faltan lenguas capaces de llegar al futuro sin pedir permiso. Que un niño pueda nombrar en la lengua de sus abuelos no sólo el maíz y la lluvia, sino también la máquina, la medicina, la estrella y la ciudad que todavía no existe.

Falta reconciliación con lo heredado. La Conquista no necesita ser absuelta para dejar de gobernar cada conversación. La herida puede conservar memoria sin convertirse en trono.

Falta que el dinero aprenda medida, también dentro de las iglesias; que la propiedad deje de parecer prueba de bendición cuando ha olvidado el servicio.

Falta una autoridad que recuerde que el cargo es prestado. Que pueda llegar a la periferia sin presentarse como dueño y retirarse sin llevarse consigo aquello que pertenecía a todos.

Faltan obras capaces de sobrevivir a quienes las comenzaron. El carisma madura cuando deja de depender de una voz y se vuelve forma transmisible, mesa que permanece puesta después de la muerte del fundador.

Siete ausencias.

Siete habitaciones todavía oscuras.

Mientras permanezcan así, la Ciudad seguirá descendiendo.

La distancia no condena.

Mide.

En el principio era la Palabra, el Logos.

La Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros.

Al final, cuando el último nombre haya sido devuelto y la última herida haya dejado de exigir otra víctima, no habrá templo ni noche: Dios y el Cordero habitarán en medio de la ciudad.

Y el Espíritu y la Esposa dirán:

Ven.

74. El primer habitante

Una persona.

Quizá fue un martes.

Regresó a casa cansada, con el ruido del metro todavía adherido al cuerpo, y encontró a alguien sentado frente a una mesa demasiado pequeña. Había llegado sin aviso. Traía hambre y esa clase de vergüenza con que el hambre intenta hacerse invisible.

La persona miró los platos.

Eran suficientes para quienes habían sido invitados.

Corrió entonces uno de ellos hacia el borde, partió el pan en más pedazos y puso agua a calentar.

No recibió una visión.

Recibió a un desconocido.

Al día siguiente llegó otro. Después una mujer con un niño. La mesa tuvo que extenderse con una tabla sostenida por dos cajas. Más tarde fue necesario abrir otro cuarto. Alguien llevó más sillas. Alguien aprendió a cocinar para muchos. Alguien comenzó a guardar nombres.

La comunidad nació antes de saber que era comunidad.

Su doctrina cabía en el pan partido y en la decisión de que nadie comiera solo mientras hubiera lugar en la casa.

Así ocurrió en Caná: agua, vasijas y sirvientes que obedecieron antes de comprender. El mayordomo probó el vino sin conocer su origen. Los sirvientes sí lo sabían porque habían cargado el agua.

Los sirvientes conocen el lugar donde comienza el milagro.

En algún punto del Valle de México, alguien ya está llenando tinajas.

Más de uno.

Más de una.

Desde la montaña, esas mesas dispersas comienzan a dibujar la forma de una ciudad.

Todavía pequeña.

Todavía difícil de reconocer.

Pero verdadera.

75. Maranatha

¡Ven!

El Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven!

Y el que oye diga: ¡Ven!

Y el que tenga sed venga. Y el que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida.

Así termina el Apocalipsis: con un grito de petición que se vuelve invitación y puerta.

La ciudad ha sido vista.

La historia permanece abierta.

Maranatha.

La palabra aramea que la comunidad primitiva usaba al final de cada reunión. La comunidad de Corinto la decía. La comunidad de Antioquía. La comunidad de Roma antes de que Roma fuera el poder. La comunidad de los pobres, los esclavos, los pescadores, los recaudadores de impuestos convertidos, las mujeres que llegaban antes que los hombres a la tumba vacía.

Ven, Señor.

La comunidad primitiva se negaba a aplazar la venida hasta que el mundo estuviera preparado, la historia madura o las ciudades reconciliadas.

Por eso gritaba:

¡Ven!

Ahora. Al Valle de México donde el lago fue destruido. Al Valle donde los desaparecidos esperan que alguien diga su nombre. Al Valle donde el mestizaje todavía no ha terminado de reconciliarse. Al Valle donde la serpiente antigua todavía hiere y donde el águila aún no ha entregado su fuerza al Cordero.

Ven a ese Valle. A esa herida. A ese lugar donde la ciudad todavía no ha bajado del todo pero donde la forma ya se puede ver desde la montaña.

Entonces se comprende otra cosa.

Babel quiso subir.

Coció ladrillos, levantó una torre hacia el cielo y dijo:

hagámonos un nombre.

La última Ciudad hace el movimiento contrario.

Desciende.

Babel temía la dispersión y buscó asegurar una sola voz alrededor de un solo centro. Pentecostés no devolvió una lengua única: dejó arder muchas sin obligarlas a borrarse entre sí.

Babel quiso fabricar un nombre.

La Ciudad recibe nombres en sus puertas, en sus fundamentos y en el Libro que no olvida.

Babel levantó una torre con ladrillos cocidos.

Juan contempla fundamentos de piedras distintas.

La ciudad humana repite el movimiento de Babel cada vez que sube para poseer, concentra para dominar y uniforma para no tener que escuchar al otro.

El Cordero cambia la gravedad.

Desciende.

Y al descender no encuentra ladrillos.

Encuentra piedras vivas.

Cada una con nombre.

Entonces la figura se completa.

Al principio, una puerta permanecía cerrada.

Ahora la Ciudad tiene puertas que no se cierran.

Bajo el asfalto había piedras enterradas.

Ahora las piedras están vivas.

El agua permanecía encerrada debajo de la ciudad.

Ahora corre un río que nadie puede comprar.

El sol necesitaba sangre para continuar.

Ahora la Ciudad ya no necesita sol, porque el Cordero la alumbra.

Bajo la tierra clamaban nombres.

Ahora ningún nombre se pierde.

Quizá por eso la Ciudad final no necesita templo.

Ya no existe un centro sagrado al que todos tengan que subir.

El Centro ha descendido.

La última ciudad no se conquista.

No se levanta hasta el cielo.

Se recibe.

Ven.

La historia permanece abierta.

El grito cambia de boca.

¡Ven!

Y el que oye diga:

¡Ven!

Maranatha.

Epílogo: El silencio

Después del grito.

Después de la última sílaba de «Ven».

Después de que la voz calla.

Silencio.

El silencio de quien ha dicho cuanto podía decir y ahora espera que otra voz responda.

A veces la respuesta más verdadera a un grito nace en el espacio entre dos voces. Allí la herida se palpa, la respiración se vuelve consciente y la ciudad que desciende se detiene un instante sobre el umbral.

Como si preguntara:

¿Estás seguro de que quieres que entre?

Ese instante es sagrado.

La visión calla.

Queda el viento atravesando el umbral.

Queda la respiración.

Queda el agua corriendo debajo de la ciudad, fiel a un cauce que las piedras todavía recuerdan.

La ciudad sin templo permanece abierta.

El silencio prepara la plegaria.

El silencio no obliga.

CODA LITÚRGICA

Libro de oraciones de la Ciudad sin Templo

Después de la visión, la plegaria.

La ciudad todavía no desciende por completo.

Quienes la esperan responden:

Maranatha.

I. CÁNTICO DE LA SABIDURÍA DEL LOGOS

Para quienes buscan una inteligencia ordenada por la luz

Antes del cedro y de la piedra,

antes del arpa y del trono,

antes de que el mar recibiera orilla

y el polvo aprendiera su nombre,

ya ardía la Luz.

No era ciencia de escribas,

cálculo de reyes

ni brillo prestado al orgullo.

Era el Logos.

Palabra anterior a nuestras palabras.

Medida del cielo.

Sabiduría viva del Padre.

Puso límite al abismo,

camino a las aguas

y número a las estrellas.

Después dijo al polvo:

Levántate.

Y el polvo recibió aliento.

Entonces clamó el hombre:

Señor,

dame Sabiduría.

Dame un corazón que escuche.

No te pido inteligencia

para vencer a mi hermano,

levantar mi nombre

ni deslumbrar al siglo.

Dámela para gobernar mi alma,

discernir sin crueldad

y permanecer verdadero

cuando nadie me mira.

Muchos conocen palabras

y no conocen justicia.

Muchos citan la Ley

y no oyen al herido.

Muchos levantan templos

mientras cargan ruinas en el pecho.

Dame Jojmá:

corazón que escuche,

mente que discierna,

mano que no tuerza la balanza

y ojo que reconozca al inocente

aunque toda la corte

aplauda al culpable.

Que David me enseñe

a llorar sin perder la fe.

Salomón,

a juzgar sin perder misericordia.

Pablo,

a pensar bajo la Cruz.

Juan,

a reconocer la huella del Logos.

La Sabiduría no habita

en el corazón que se adora a sí mismo.

No descansa donde la inteligencia

se arrodilla ante su reflejo

ni donde la verdad

se pronuncia sin amor.

Busca casa.

Si encuentra mentira, alumbra.

Si encuentra miedo, levanta.

Si encuentra orgullo, quebranta.

Si encuentra herida, unge.

Entonces el alma comienza a ver:

la materia puede recibir al Verbo;

la herida puede volverse puerta;

una palabra puede levantar huesos;

la Cruz puede revelar

una forma de Sabiduría

que el poder no comprende.

El siglo quiso

gloria sin obediencia,

corona sin espinas,

reino sin servicio.

Dios respondió

con un cuerpo entregado.

El Verbo se hizo carne.

La Vida tocó la muerte.

Y la muerte encontró un límite.

Señor:

levanta en mí una morada.

Que la lámpara sea mi inteligencia.

El altar, mi voluntad.

El incienso, mi oración.

Y que exista una habitación interior

donde mi alma

deje por fin de mentirse.

Derriba mis ídolos pequeños:

la vanidad de saber,

la sed de aplauso,

la prisa por vencer,

el placer de corregir,

la fuerza sin ternura

y la claridad sin humildad.

No permitas que una mente brillante

se convierta en incendio.

Crucifica mi inteligencia vieja:

la que quería tener razón

aunque el amor muriera;

la que buscaba vencer

aunque la verdad sangrara;

la que confundía profundidad

con oscuridad,

fuerza

con dureza,

discernimiento

con desprecio.

Enséñame, Señor.

Enséñame a mirar

antes de juzgar.

A escuchar

antes de responder.

A reconocer lo verdadero

aunque contradiga mis deseos,

lo bueno

aunque me cueste,

y lo falso

aunque llegue vestido de belleza.

Enséñame cuándo hablar

y cuándo dejar que el silencio

haga aquello

que mis palabras estorbarían.

A recibir corrección

sin sentir que pierdo mi dignidad.

A cambiar de juicio

cuando la verdad lo exija.

A pensar

sin apartarme del amor.

A conocer

sin querer poseer.

A enseñar

sin necesitar admiración.

A corregir

sin disfrutar la herida.

Hazme humilde cuando comprenda

y paciente

cuando todavía no comprenda.

Enséñame a conocerte

sin convertirte en una idea.

Y a conocerte tanto

que mi inteligencia

aprenda también a obedecer.

Dame la mente de Cristo:

clara sin soberbia,

obediente sin servilismo,

capaz de descender para servir

y de perder antes que traicionar

la verdad.

Sabiduría santa:

entra en la casa.

Ordena lo torcido.

Alumbra lo falso.

Levanta lo caído.

Unge lo herido.

Haz de mi pensamiento

una lámpara.

De mi voluntad,

una ofrenda.

De mi palabra,

una fuente.

De mi silencio,

una morada.

No permitas que muera

lleno de información

y vacío de luz.

No me dejes rodeado de libros

sin haber aprendido a amar.

Que nunca pronuncie tu Nombre

sin permitir

que tu Nombre me juzgue.

Cristo,

Sabiduría de Dios.

Logos eterno.

Cordero.

Rey que sirve.

Luz que no envejece.

Centro vivo

de todo centro.

Que la Sabiduría sea mi corona,

pero invisible.

Que sólo pueda reconocerse

por sus frutos:

más justicia,

más claridad,

más misericordia,

más dominio de mí mismo,

más amor por la verdad.

Si hablo,

que edifique.

Si estudio,

que aprenda.

Si juzgo,

que tiemble.

Si mando,

que sirva.

Si caigo,

que vuelva.

La Sabiduría estaba al principio.

Y en la plenitud del tiempo,

el Logos se hizo carne

y habitó entre nosotros.

Vimos su gloria.

Guíame.

Enséñame.

Ordena mi inteligencia

según tu Luz.

Que vea lo verdadero,

ame lo bueno

y tenga valor

para obedecerlo.

Amén.

II. CÁNTICO DE LA MISERICORDIA DEL CORDERO

Para las madres, para los heridos y para todo corazón que olvidó llorar

1. La puerta del corazón

Señor Jesús,

Cordero manso,
Cordero herido,
Cordero santo de Dios:

entra en esta casa
sin hacer ruido,

como entra la luz de la mañana
por una ventana cansada,

como vuelve el agua
a la grieta de una tierra
que ya no esperaba flores.

Llega con ternura.

Toca al débil
en el lugar exacto
donde más necesita ser amado.

Mira estas manos
que han trabajado,
cuidado,
rezado en silencio
y cargado dolores
sin decir cuánto pesaban.

Mira a las madres.

A quienes siguen dando
mientras algo en su interior
comienza a quebrarse.

A quienes ponen la mesa
sin que nadie pregunte
si también tienen hambre.

A quienes mantienen encendida
la lámpara de la casa
mientras todos duermen.

Donde haya piedra,
abre una grieta.

Donde haya miedo,
posa tu mano.

Donde haya orgullo,
haz brotar lágrimas.

Donde haya sequedad,
envía al Espíritu
como lluvia suave
sobre el polvo de la ciudad.

2. El Cordero que conmueve

Cordero de Dios:

Tú venciste dejándote herir.

Abriste los brazos
sobre el madero.

Miraste a tus verdugos
y pediste perdón.

Viste llorar a tu Madre
al pie de la Cruz
y la confiaste al discípulo.

Míranos así.

Hasta que caigan
nuestras defensas.

Hasta que el alma
deje de justificarse.

Hasta que nadie
pueda fingir dureza
delante de tanta misericordia.

Que llore quien olvidó llorar.

Que sienta quien se defendió
dejando de sentir.

Que el corazón cerrado
por heridas antiguas
reciba una ternura
que ya no necesite resistir.

Que una sola lágrima

abra la puerta
por donde entre tu Espíritu.

3. La Madre y el Hijo

Santa María,

Madre de Dios,
Madre del Cordero,
Madre de quienes
no saben pedir ayuda:

cubre con tu manto
a las madres,
a los hijos,
a quienes se fueron lejos
y a quienes regresaron
sin saber cómo entrar de nuevo.

Tú que guardabas las cosas
en tu corazón,

enséñanos a guardar
sin endurecernos.

Tú que permaneciste
junto a la Cruz,

enséñanos a esperar
cuando todas las puertas
parezcan cerradas.

Madre del Tepeyac,
Madre que pide una casa
para mostrar compasión:

recibe nuestras heridas.

No las ocultes.

Llévalas a tu Hijo.

Y enséñanos a permanecer
junto a quien sufre
sin apartar la mirada.

4. La grieta de la gracia

Señor:

te pedimos conversión verdadera.

Abre una grieta santa.

En quien ya no cree en el amor.

En quien juzga demasiado.

En quien se cansó de perdonar.

En quien sonríe por fuera
y se derrumba por dentro.

En el hijo que no sabe agradecer.

En el padre que no sabe abrazar.

En la madre que carga en silencio.

En el anciano que se siente olvidado.

En el joven que camina sin rumbo.

En el pecador que piensa
que ya no puede volver.

Que nadie crea
que su noche es más profunda
que tu descenso.

Que nadie use la culpa
para esconderse de Ti.

Tú eres el Cordero.

Tu misericordia
no llama inocente al pecado.

Lo atraviesa
para devolver al pecador
la posibilidad de regresar.

5. Ven, Espíritu Santo

Ven, Espíritu Santo.

Ven como aliento
sobre los huesos secos.

Como fuego
sobre la ceniza apagada.

Como agua
sobre la memoria herida.

Como canto
sobre las casas
donde hubo silencio.

Entra por la grieta de la lágrima.

Por la humildad que nace.

Por la palabra perdón.

Por la palabra gracias.

Por el Nombre de Jesús.

Y quédate.

Haz morada.

Haz de este corazón
una casa del Padre.

Haz de esta familia
una mesa de paz.

Enseña a los hijos
a amar antes de que sea tarde.

Haz de nuestros cuerpos
santuarios vivos,

hasta que la ciudad entera
deje de necesitar templo,

porque Dios y el Cordero
habiten en medio de ella.

6. La misericordia final

Jesús mío,

Cordero amado:

si nos perdimos,
búscanos.

Si fuimos duros,
abrázanos.

Si herimos,
corrígenos.

Si olvidamos el don,
devuélvenos a la gratitud.

Que al mirar tu Cruz
caigan nuestras máscaras.

Que al mirar tus llagas
se quiebre nuestra soberbia.

Haznos mansos
sin volvernos cobardes.

Fuertes
sin volvernos fríos.

Claros
sin volvernos crueles.

Santos
sin volvernos orgullosos.

Y cuando llegue la hora
en que ya no tengamos palabras,

que podamos decir con paz:

Jesús, en Ti confío.

María, llévame a tu Hijo.

Padre, en tus manos descanso.

Espíritu Santo,
respira en mí.

7. Sello de ternura

Que esta plegaria alcance
al corazón cerrado.

Que esta palabra toque
a quien no sabe llorar.

Que esta misericordia despierte
a quien se creyó perdido.

Que el Cordero pase
por cada casa,

por cada madre,

por cada hijo,

por cada herida,

por cada habitación
donde alguien lloró en secreto.

Y deje paz.

Deje arrepentimiento.

Deje presencia.

Porque el Amor fue clavado
en una Cruz
y no pudo ser vencido.

Porque la Misericordia
descendió hasta los muertos.

Porque el Cordero fue inmolado

y vive.

Mientras una madre rece,

mientras una lágrima caiga,

mientras un corazón
pronuncie el Nombre de Jesús,

todavía hay esperanza.

Cordero de Dios,
que quitas el pecado del mundo,

ten piedad de nosotros.

Cordero de Dios,
que quitas el pecado del mundo,

danos la paz.

Ven, Espíritu Santo.

Abraza a las madres.

Abraza a los heridos.

Abraza a los hijos.

Abraza a quienes se perdieron.

Y no nos sueltes.

Amén.

III. ORACIÓN POR QUIENES ESTÁN MÁS LEJOS

Para quienes hicieron lo imperdonable ante los hombres y aún deben responder ante Dios

Señor Jesús,

Cordero inocente,
Cordero inmolado,
Cordero que cargaste
con el pecado del mundo:

ponemos ante Ti
a quienes hicieron cosas terribles.

A quienes rompieron vidas.

A quienes sembraron miedo.

A quienes traicionaron inocencias.

A quienes dejaron cicatrices
donde debió haber infancia,
paz
o confianza.

No venimos a justificarlos.

No cubrimos su mal
con palabras piadosas.

No fingimos
que nada ocurrió.

Ocurrió.

Y Tú lo viste.

Viste la noche.

La sangre.

La mentira.

El inocente temblando.

La víctima que quedó sola
mientras el culpable
continuaba viviendo
como si nada hubiera sucedido.

Antes de pedir misericordia
para quien hizo el daño,

pedimos consuelo
para los heridos.

Abraza primero a las víctimas.

Sostén a los inocentes.

Defiende a quienes
todavía están en peligro.

Que ninguna oración
por el pecador
borre el llanto
de quien sufrió.

Que ninguna misericordia barata
ensucie la justicia.

Que ninguna institución
pronuncie tu Nombre
para proteger al culpable
y abandonar al herido.

Después,

mira también al abismo.

Mira a quien hizo el mal
y aprendió a vivir con él.

A quien dejó de sentir culpa.

A quien enterró la conciencia
bajo excusas,
soberbia
o miedo.

A quien no sabe cómo volver.

Y a quien ya no quiere volver.

Cordero de Dios:

entra allí.

Donde duele mirar.

Donde la conciencia
se volvió cueva.

Donde el pecado
dejó de doler
porque el corazón
se hizo piedra.

Entra como luz.

Como verdad
que no puede esquivarse.

Que recuerden.

El rostro que hirieron.

La voz que apagaron.

La confianza que rompieron.

El instante
en que pudieron detenerse
y continuaron.

Que la memoria se abra.

Que la conciencia despierte.

Que el dolor de reconocer
no termine en desesperación,

sino en arrepentimiento.

Arrepentimiento verdadero.

El que deja de posar.

El que no culpa a otros.

El que confiesa
antes de pedir comprensión.

El que puede decir:

Yo lo hice.

Yo herí.

Yo mentí.

Soy responsable.

Necesito cambiar.

Jesús:

si queda una brasa
debajo de la ceniza,

tócala.

Con la mirada
que alcanzó a Pedro
después de la negación.

Con la misericordia
que alcanzó al ladrón
cuando ya no tenía nada
que ofrecer salvo la verdad.

No les concedas paz falsa.

No les permitas usar el perdón
como escondite

ni la religión
como máscara.

Dales quebranto.

Que caiga la soberbia.

Que caiga la mentira.

Que caiga la imagen
fabricada para no mirarse.

Y cuando caigan,

que sea ante la verdad.

Ante el daño hecho.

Ante Ti.

Allí puede comenzar el regreso.

Santa María,

Madre al pie de la Cruz:

Tú viste al Inocente sufrir
por la violencia de los hombres.

Ruega por los heridos.

Por quienes ya no pueden dormir.

Por quienes cargan recuerdos
que nadie debería cargar.

Por las madres
que buscan a sus hijos.

Por quienes temen
que la justicia nunca llegue.

Y si alguno de los culpables
todavía puede volver,

ruega también
por su conversión.

No por su impunidad.

No por su olvido.

Por su conversión.

Ven, Espíritu Santo.

Entra como cirugía.

Corta lo podrido.

Arranca lo falso.

Despierta lo muerto.

Devuelve sensibilidad
a la conciencia endurecida.

Haz que el cruel se detenga.

Que el mentiroso confiese.

Que el violento baje las manos.

Que quien destruyó
comience a reparar,

aunque reparar
le cueste aquello
que todavía quiere conservar.

Donde no haya arrepentimiento,

pon límite.

Donde haya peligro,

protege.

Donde haya víctimas,

defiende.

Donde haya crimen,

que opere la justicia.

Tu misericordia
no es complicidad.

Tu perdón
no autoriza a seguir destruyendo.

Tu Cruz no encubre el mal.

Lo expone.

Lo juzga.

Y abre para el pecador
un camino que sólo puede recorrerse
en verdad.

Jesús,

Cordero de Dios:

Tú descendiste
hasta el lugar de los muertos.

Desciende también
hasta esos corazones.

A los más lejos.

A quienes nadie quiere nombrar.

Si alguno escucha tu voz,

que vuelva.

Sin excusas.

Sin máscaras.

Sin exigir confianza.

Sin pedir olvido.

Que vuelva aceptando
la verdad.

Las consecuencias.

La reparación posible.

Que llore por las víctimas
y no solamente por sí mismo.

Y si ese corazón
se rompe de verdad,

si el pecador finalmente dice:

Jesús, ten piedad de mí.

Soy responsable.

Necesito nacer de nuevo.

Entonces haz
lo que nosotros no podemos hacer:

destruye al hombre viejo.

Levanta una criatura nueva.

Que la conversión
no borre la memoria.

Que no niegue la justicia.

Que no cancele
el dolor ajeno.

Que impida únicamente
que el mal tenga
la última palabra.

A las víctimas:

consuelo.

A los inocentes:

defensa.

A los culpables:

arrepentimiento.

A los endurecidos:

quebranto.

A quienes todavía pueden volver:

camino.

A todos:

verdad.

Cordero de Dios,
que quitas el pecado del mundo,

ten piedad de nosotros.

Cordero de Dios,
que cargas con aquello
que nos horroriza mirar,

ten piedad de nosotros.

Cordero de Dios,
que haces posible
la vida después de la tumba,

danos la paz.

Que nadie use tu Nombre
para esconder el mal.

Que tu Nombre sea luz.

Juicio.

Refugio.

Medicina.

Regreso.

Jesús,
manso y humilde de corazón,

rompe el corazón de piedra
y danos un corazón de carne.

María,
Madre de misericordia,

ruega por los heridos
y por quienes aún pueden volver.

Espíritu Santo,

entra en la grieta,

despierta la conciencia

y haz que hasta el alma
más perdida

recuerde que fue creada
para la luz.

Amén.

IV. RESPONSORIO DE LA CIUDAD SIN TEMPLO

La asamblea:

¿Quién habitará la ciudad
cuyas puertas no se cierran?

La voz:

Quien deja de ofrecer
el corazón de los otros
y entrega el suyo.

La asamblea:

¿Quién beberá del río
que sale del trono?

La voz:

Quien tuvo sed
y no convirtió el agua
en propiedad.

La asamblea:

¿Quién comerá del árbol
cuyas hojas sanan a las naciones?

La voz:

Quien hizo de su herida raíz
y de su raíz fruto.

La asamblea:

¿Quién será contado
entre los vivos?

La voz:

Quien devolvió un nombre
al que había sido borrado.

La asamblea:

¿Dónde está el templo
de la ciudad que desciende?

La voz:

No vi templo en ella.

El Señor Dios Todopoderoso
y el Cordero
son su templo.

La asamblea:

¿Dónde está el altar?

La voz:

En la mesa abierta.

La asamblea:

¿Dónde está el sacrificio?

La voz:

Tetelestai.

Ha sido consumado.

La asamblea:

¿Dónde está la gloria?

La voz:

En el Cordero que sirve.

La asamblea:

¿Dónde está la puerta?

La voz:

En el corazón que se abre.

La asamblea:

¿Dónde comienza la ciudad?

La voz:

En una persona
que deja de pedir víctimas.

La asamblea:

¿Y dónde termina?

La voz:

No termina.

Desciende.

El Espíritu y la Esposa dicen:

Ven.

Y quien oye diga:

Ven.

.

Agradecimientos

A mis alumnos de pintura, por los años de mirada compartida: por cada forma que se resistió, cada color que obligó a corregir el juicio y cada imagen que sólo apareció después de aprender a esperar.

A quienes conversaron conmigo sobre las ideas reunidas en estas páginas, discutieron sus excesos, señalaron sus puntos débiles o me ayudaron a precisar aquello que todavía aparecía confuso. Un libro puede llevar una sola firma y, sin embargo, conservar la huella de muchas conversaciones.

A los autores, traductores, investigadores, cronistas y custodios de archivos cuya labor hizo posible acercarme a mundos que no me pertenecen por completo. Toda interpretación descansa sobre trabajos anteriores; reconocer esa deuda constituye una forma mínima de justicia.

FUENTES BÍBLICAS, HISTÓRICAS Y LITERARIAS

NOTA SOBRE LAS FUENTES

La presente relación reúne los principales textos, tradiciones y estudios evocados en La Ciudad sin Templo. Debido al carácter sagrado-literario de la obra, algunos pasajes han sido abreviados, armonizados o incorporados mediante paráfrasis. Las citas textuales se distinguen de esas recreaciones y remiten a la edición efectivamente consultada.

Las obras antiguas se identifican mediante sus divisiones tradicionales —libro, capítulo, apartado o versículo—. Las citas literales de traducciones modernas indican, además, el apellido del traductor o editor, el año y la página correspondiente.

FUENTES CLÁSICAS

Aristóteles. (1994). *Metafísica* (T. Calvo Martínez, Trad.). Gredos.

Aristóteles. (1995). *Física* (G. R. de Echandía, Trad.). Gredos.

Cervantes Saavedra, M. de. (2015). *Don Quijote de la Mancha* (F. Rico, Dir.). Real Academia Española; Asociación de Academias de la Lengua Española; Espasa. (Obra original publicada en 1605 y 1615).

Dante Alighieri. (2013). *Divina comedia* (L. Martínez de Merlo, Trad.; ed. rev.). Cátedra.

Hesíodo. (1978). *Obras y fragmentos: Teogonía, Trabajos y días, Escudo, fragmentos y Certamen* (A. Pérez Jiménez & A. Martínez Díez, Trads.). Gredos.

Homero. (2010). *Ilíada* (Ó. Martínez García, Trad.). Alianza Editorial.

Lucrecio. (2010). *La naturaleza* (F. Socas Gavilán, Trad.). Gredos.

Rulfo, J. (2006). *El Llano en llamas* (C. Blanco Aguinaga, Ed.). Cátedra. (Obra original publicada en 1953).

Virgilio. (2003). *Obras completas* (A. Espinosa Pólit, Trad.; P. Hernúñez, Ed.). Cátedra.

FUENTE BÍBLICA PRINCIPAL

Sociedades Bíblicas Unidas. (1960). Santa Biblia: Reina-Valera 1960.

Las referencias al Génesis, Éxodo, Salmos, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel, Miqueas, Joel, Zacarías, los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles, las epístolas paulinas, Hebreos, las cartas de Pedro y el Apocalipsis proceden principalmente de esta tradición textual, con los ajustes literarios indicados en la Nota del autor.

Las citas bíblicas se identifican mediante libro, capítulo y versículo. Ejemplo: Juan 1:1; Apocalipsis 21:22–23.

FUENTES NAHUAS Y NOVOHISPANAS

Tena, R. (Intro., paleogr. y trad.). (2004). Anales de Tlatelolco. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

León-Portilla, M. (Coord.). (2011). Cantares mexicanos (Vol. I: Estudios; Vol. II, tomos 1–2: Paleografía, traducción y notas). Universidad Nacional Autónoma de México.

Velázquez, P. F. (Trad.). (1992). Códice Chimalpopoca: Anales de Cuauhtitlán y Leyenda de los Soles (M. León-Portilla, Pref.). Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.

Garibay K., Á. M. (Ed.). (1996). Teogonía e historia de los mexicanos: Tres opúsculos del siglo XVI. Porrúa.

Tena, R. (Paleogr. y trad.). (2002). Mitos e historias de los antiguos nahuas. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

León-Portilla, M. (2000). Tonantzin Guadalupe: Pensamiento náhuatl y mensaje cristiano en el Nican Mopohua. El Colegio Nacional; Fondo de Cultura Económica.

Cortés, H. (2000). Cartas de relación (M. Hernández Sánchez-Barba, Ed.). Dastin.

Díaz del Castillo, B. (2011). Historia verdadera de la conquista de la Nueva España (G. Serés, Ed.). Real Academia Española; Galaxia Gutenberg–Círculo de Lectores.

Durán, D. (2002). Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme (2 vols.). Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Sahagún, B. de. (1999). Historia general de las cosas de Nueva España. Porrúa.

FUENTES HISTÓRICAS Y RELIGIOSAS COMPLEMENTARIAS

Charlesworth, J. H. (Ed.). (1983). The Old Testament Pseudepigrapha (Vol. 1). Doubleday. [1 Henoc, ed. E. Isaac.]

Flavio Josefo. (2001). La guerra de los judíos (J. M. Nieto Ibáñez, Trad.; 2 vols.). Gredos.

Martín, C. (Trad. y ed.). (2009). Bhagavad Gītā con los comentarios advaita de Śaṅkara (6.ª ed.). Trotta.

Palmer, M., Ramsay, J., y Finlay, V. (Trads.). (2014). The most venerable book: Shang Shu, also known as the Shu Jing. Penguin Classics.

El Shujing o Libro de los documentos se utiliza especialmente en relación con la tradición del Mandato del Cielo: la autoridad del gobernante depende de su virtud, su capacidad de conservar el orden y su servicio al pueblo.

De Santos Otero, A. (Ed. y trad.). (2005). Los evangelios apócrifos (10.ª ed.). Biblioteca de Autores Cristianos.

Iglesia Católica. (1997). Catecismo de la Iglesia Católica (2.ª ed.). Libreria Editrice Vaticana.

Estas últimas obras sirven como referencias para las tradiciones relativas al descenso de Cristo a los infiernos, la victoria sobre la muerte, el Cordero, la Nueva Jerusalén y la consumación escatológica.

ESTUDIOS DE REFERENCIA

Lafaye, J. (1977). Quetzalcóatl y Guadalupe: La formación de la conciencia nacional de México, 1531–1813 (I. Vitale y F. López Vidarte, Trads.; O. Paz, Pról.). Fondo de Cultura Económica.

León-Portilla, M. (2000). Tonantzin Guadalupe: Pensamiento náhuatl y mensaje cristiano en el Nican Mopohua. El Colegio Nacional; Fondo de Cultura Económica.

León-Portilla, M. (2007). Visión de los vencidos: Relaciones indígenas de la Conquista (29.ª ed.; Á. M. Garibay K., Trad. de los textos nahuas). Universidad Nacional Autónoma de México.

López Luján, L. (2005). Las ofrendas del Templo Mayor de Tenochtitlan. Instituto Nacional de Antropología e Historia.

López Austin, A., y López Luján, L. (2009). Monte sagrado–Templo Mayor: El cerro y la pirámide en la tradición religiosa mesoamericana. Instituto Nacional de Antropología e Historia; Universidad Nacional Autónoma de México.

Matos Moctezuma, E. (1988). El Templo Mayor de los aztecas. Fondo de Cultura Económica.

Townsend, C. (2003). No one said it was Quetzalcoatl: Listening to the Indians in the conquest of Mexico. History Compass, 1(1). https://doi.org/10.1111/1478-0542.034

FUENTES CONTEMPORÁNEAS

Comisión Nacional del Agua. (2024). Estadísticas del agua en México 2024. Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales.

García, C. (2025, 25 de agosto). Bosque de Chapultepec oculta tétricas cuevas; hallan huesos usados en rituales. El Universal.

Comisión Nacional de Búsqueda. (s. f.). Registro Nacional de Personas Desaparecidas y No Localizadas. Recuperado el 15 de julio de 2026.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2020). Censo de Población y Vivienda 2020. https://www.inegi.org.mx/programas/ccpv/2020/.

Instituto Nacional de Lenguas Indígenas. (2008). Catálogo de las lenguas indígenas nacionales: Variantes lingüísticas de México con sus autodenominaciones y referencias geoestadísticas. Diario Oficial de la Federación.

Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública. (2026). Información sobre violencia e incidencia delictiva. Secretaría de Seguridad y Protección Ciudadana.